

860-1 (866) PASADUEZ
1904
92



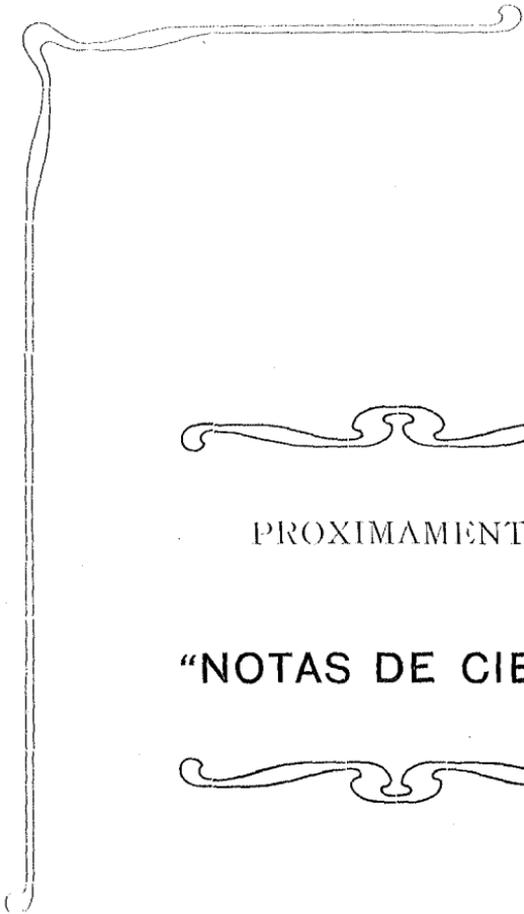
A MI HERMANO

LUIS ANTONIO



LIBRARY
NO. 6499
1890

0001789 - Jc



PROXIMAMENTE

"NOTAS DE CIELO"

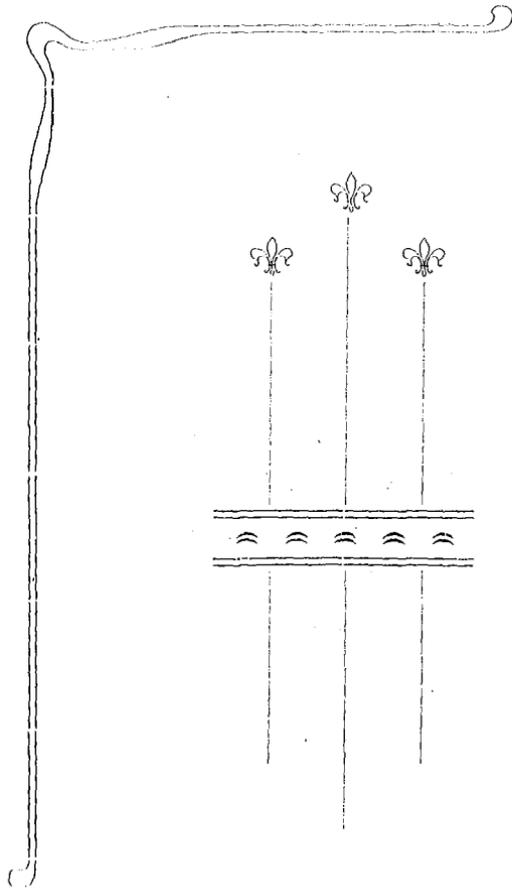


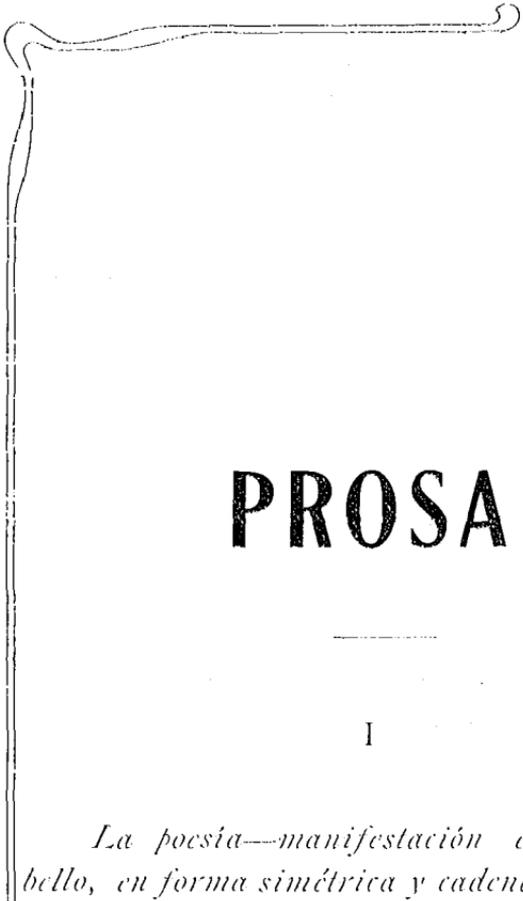
Querido Luis:

Tu has llorado conmigo, y me has acompañado a vivir vida de lágrimas que queman, de infortunios que envejecen: esas mis lágrimas, en forma de sencillísimos versos, van encerradas en este pequeño libro que me complazco en ofrecerte.

Si lo crees digno de tí, acéptalo; y, en cambio—si me sobrevives—acuérdate de elevar al cielo una oración por tu hermano.

M. Enrique.



A decorative border consisting of a vertical line on the left and a horizontal line on top, both with elegant, curved flourishes at their ends.

PROSA

I

La poesía—manifestación excelsa de lo bello, en forma simétrica y cadenciosa—no podía, con el afán de innovación que agita a la sociedad moderna, permanecer inciolable en el arca santa de esmerado buen gusto, en que la depositaron, con solícito cuidado, los poetas del siglo de oro de la literatura castellana. Arrebatada de ahí, de ese depósito sagrado, ha sido luego, con desprecio de venerables moldes,

VIII

sometida a recibir nuevas y complejas formas, a pretexto de remozarla.

Esta renovación o evolución literaria que se distingue, en la forma, por lo raro de las combinaciones métricas; y, en el fondo, por lo exótico de las palabras, es decir, el MODERNISMO, ejerce hoy poderoso imperio en los dominios literarios; es afortunado soberano de número crecido de fieles servidores.

Si, por regla general, lo que permanece estancado se corrompe, falto de sensatez quien condene procedimientos que tiendan a impedir que la corrupción se produzca. Se puede, además, estimar lo arqueológico, sin negar mérito a los atrevimientos de la arquitectura moderna.

Ahora bien, una literatura que por exceso de puritanismo se conservase rigidamente inmóvil, llegaría a perder jugo y vida; se petrificaría irremediablemente. El amor y el respeto a un glorioso pasado, tampoco deben convertirse en odio al progreso bien entendido; esto es, a un progreso legítimo y racional.

XVII

EN EL CEMENTERIO, *se lee:*

*En busca del Amor de mis amores
—en triste llanto el corazón sumido—
en busca vengo de mi Bien perdido;
vengo a darle—en ofrenda—lindas flores
cojidas del jardín que yo plantára
y mi Amor con sus lágrimasregára.*

EN SECRETO DEL ALMA, *pregunta:*

*¿Por qué dulce será, cuando se llora,
contemplar el azul turquí del cielo,
levantar hácia Dios del alma el vuelo
y en sus manos ponerle el corazón?*

*Como se ve—y el lector puede comprobarlo
al examinar todas las composiciones—no hay
geroglíficos indescifrables, nada de obscuro,
enigmático; tampoco metáforas absurdas, anti-
tesis alambicadas, transposiciones violentas ni
giros rebuscados. Los pensamientos son claros,
no carecen de originalidad; y las palabras per-
tencen a buena cepa castellana, o son de las
que han adquirido CARTA DE NATURALEZA y os-
tentan el SELLO DEL USO CORRIENTE, según la
regla de Horacio.*

XVIII

Las composiciones reunidas en este volumen, se las lee con agrado porque se las comprende; y sabido es que a los modernistas leyéndolos es como menos se los entiende, por mucho que el lector se consuma en despabilar las entendederas. Al agrado de la lectura contribuye además la melancolía, a veces intensa, que florece en RIMAS NEGRAS. No hay quien no deje ver en su rostro huellas antiguas o recientes del dolor; de ahí que se simpatice con lo que aviva o despierta recuerdos de la felicidad fugazmente evaporada, o de la esperanza irremisiblemente perdida.

Una que otra de las composiciones en verso, que siguen a estas páginas de vulgar prosa, ofrece contextura modernista; mas el autor, antes que por afición decidida a esas formas métricas complicadas, lo hace quizá por ostentar que sabe manejarlas con facilidad y gallardía; pues convencido está de que, como lo dijo el insigne don Miguel Antonio Caro,

Bella alma en cuerpo bello, es poesía.

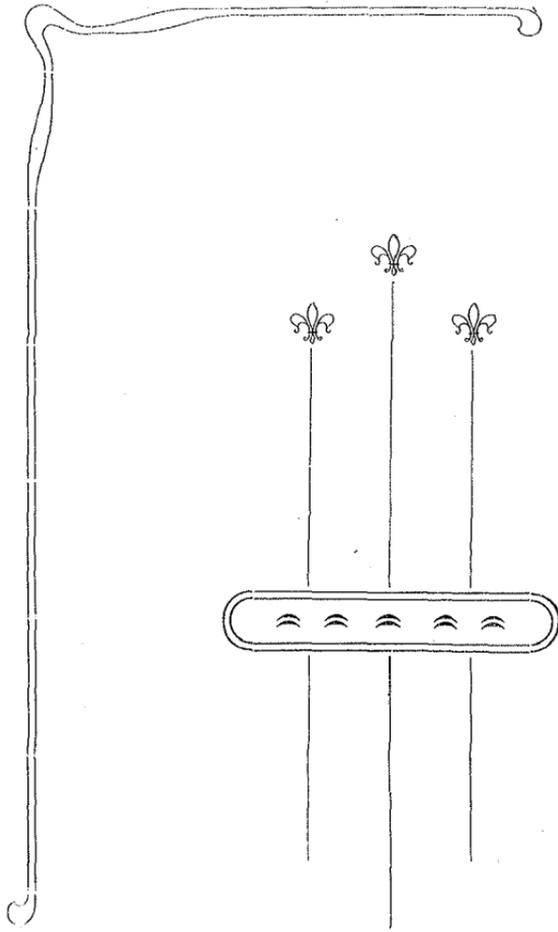
XIX

Si cuando maligna epidemia ha invadido un lugar, consuela ver libres del funesto contagio a personas queridas; infunde confianza de que reflorearán las letras nacionales, descubrir que hay escritores en prosa o verso, que, sin temor de quedar en minoría aislada, permanecen fieles a la escuela de lo bello y verdadero, que aun cuando combatida no será aniquilada, porque la verdad y la belleza son incommovibles como roca del océano.

El aura popular pase una y otra vez por las páginas de RIMAS NEGRAS; y reciba su autor el público agradecimiento que le presenta quien, sin más recomendación que la de su amistad sincera, ha sido comprometido para servir de presentador ante los lectores, de una obra que posee cualidades para ser colocada en honrado predicamento, entre las producciones nacionales.

L. E. Bueno.

Quito, 6 de Setiembre de 1914.



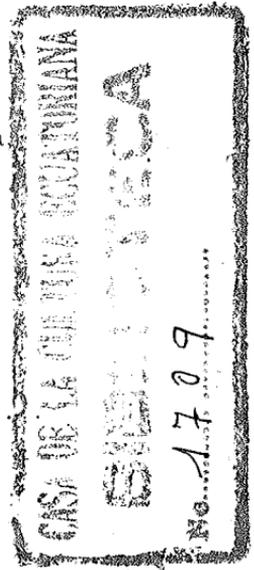
A mi madre

Cuando, a solas, repleto de amargura
medito en los martirios de tu vida,
quisiera hacerte ver, madre querida,
el mundo que te guardo de ternura!

el inmenso caudal, rico el tesoro
del idólatra amor con que te quiero!
eres mi ángel de luz, y te venero,
eres mi dios, y como un dios te adoro.

Si del pasado a la región me elevo,
cuando fue tu vivir lenta agonía,
no acierto icómo pueda, madre mía,
¡ay! pagarte lo mucho que te debo!....

Itoda entera una vida—que me espanta—
de infortunios, de lágrimas vertidas
en las luchas tremendas sostenidas
por la suerte del que, hoy, tus penas canta!



Sin pan y sin hogar, sola en el mundo
¡pobre madre!, sumida en la indigencia
arrastrabas ¡tan dura! una existencia,
surcando del dolor el mar profundo:

ese mar de tormentos y delirios
que gravados los tengo en la memoria,
y los tengo en el alma; pues tu historia
fue una historia de luchas y martirios.

¡Cuántas veces!—recuerdo—¡cuántas veces!
reclinada mi frente en tus rodillas—
viendo el llanto rodar por tus mejillas,
pensaba, corazón: ¡«lo que padeces»!...

y recuerdo también que en tus excesos
de ternura, en que están mis ojos fijos,
no teniendo ya pan para tus hijos
¡ay! matabas sus hambres con tus besos...

Oh! el beso de madre!...que un poema,
todo un cielo de amor, muy vasto, encierra:
beso, el único beso de la tierra
que enciende el corazón, mas no le quema.

Y tus hijos—¿recuerdas?—¡cuántas veces!
de tu alma al contemplar fiero el quebranto,
te decían: ¡«no más!...enjuga el llanto,
no queremos sino que tú nos beses»!...

mientras tú, porque calme la tormenta,
ay! fijabas tus ojos en el cielo,
do encuentra salvación, luz y consuelo
la madre que salvar su nido intenta:

y llena de esa fe que almas levanta,
— como el Cristo en el mar de Tiberiades—
conjurabas las fieras tempestades
de la orfandad con tu plegaria santa:

pues el cielo—de tí compadecido—
presuroso, acudía en tu asistencia:
con su amor divinal la Providencia
por tí, madre, velaba y por tu nido.

Si, triste, á contemplar torno, de nuevo,
esa tu infausta suerte ¡suerte impía!
no acierto ¡cómo pueda, madre mía,
pagarte todo cuanto yo te debo....!

¡Cómo pudiera yo, cómo pudiera
alcanzar de mis cielos las estrellas!...
las más lindas y puras, las más bellas
a tus plantas, rendido, las pusiera.

¡Quién me diera, tu vida de tormento,
tus martirios, amor, tus hondas penas
escribir con la sangre de mis venas
en la página azul del firmamento!...

Mas, ¡qué vano desear! ¡delirio loco!
¡delirios de mi ardiente fantasía!
pues eso y mucho más, sí, madre mía,
sería para tí poco, ¡bien poco!

Hoy, al verte cual lirio ya marchito,
llena de arrugas tu divina frente,
— en cambio de tu amor— un beso ardiente
con el alma en la tuya deposito.

A ofrecerte ese beso aquí yo vengo,
y a ofrendarte de fe mi alma repleta—
¡pobre ofrenda! mi lira de poeta,
que la pongo a tus pies: ¡es cuánto tengo!...



Muriéndose

I

Y era triste!

¡Y era triste!

¡melancólica la noche!

esa noche en que *dos almas*, que adorándose vivían,

y eran una sola nota de risueñas esperanzas,

y eran una sola nota de recónditos amores,

entre mares infinitos de infinitas agonías,

¡para siempre! ¡para siempre!

¡para siempre se arrancaron!

No brillaban, armoniosos, en los cielos azulinos
los espléndidos destellos de los astros rutilantes:
no se oían los rumores de alas finas, de alas blandas,
ni el ambiente se aspiraba de auras dulces, perfumadas:
sólo, rápidos, cruzaban los espacios fuegos fatuos:

sólo oíanse, miedosos, roncós, lúgubres, siniestros,
 los graznidos de esas aves mensajeras de las tumbas:
 sólo el frío iglacial frío! de las fosas sepulcrales,
 agitado por el soplo de los muertos se sentía.

¡Y era triste!

¡Y era triste!

¡melancólica la noche!

como triste es el suspiro de los vientos que susurran,
 melancólico el gemido de la tórtola que llora:

¡y era negra!

¡y era negra!

como negras son las alas de la eterna *Segadora*,
 como negras son las sombras de las tumbas solitarias,
 como negro es el olvido que se cierne, pavoroso,
 do se palpan de la vida los amargos desengaños.

II

En la *alcoba* do la Muerte ya sus alas agitaba
 y agitábanse las sombras, mudas, lentas, misteriosas,
 cual fantásticas visiones, cual alientos de sepulcro,

como un niño yo gemía,

como un niño yo gemía,

junto al lecho do la vida de mi vida se apagaba,
 junto al lecho ien otro tiempo! de dulcísimos ensueños,
 junto al lecho ien otro tiempo! de recónditos amores.

.....

Entre efluvios de sonrisas,
 y entre alientos de agonía,
Ella, pálida y hermosa, como pálida es la luna,
Ella, pálida y hermosa, como hermosa es la luz blanca,
 con sus ojos matadores, con sus ojos luz de cielo,
 ¡por vez última, postrera! ¡por vez última, postrera!
 me miraba

¡Cómo, entonces nuestras almas, en un beso confundidas,
 y agitadas por el miedo, por el miedo a las distancias,
 eran una sola nota de tristezas infinitas,
 eran una sola nota de infinitas ansiedades.

.....

Y en la alcoba do la Muerte ya sus alas agitaba,
 y agitábanse las sombras ¡ay! las sombras misteriosas
 que nos hablan de las tumbas, de las tumbas solitarias,
 como un niño yo gemía,
 como un niño yo gemía,
 junto al lecho do la vida de mi vida se apagaba,
 junto al lecho ¡en otro tiempo! de dulcísimos ensueños:
 mientras ella, mi Adorada ¡la adorada hermosa mía!
 concentrando en mí sus ojos, esos ya lánguidos ojos,
 y vertiendo en su mirada ya las últimas caricias,
 y las últimas ternuras de su pecho enamorado,
 entre efluvios de sonrisas,
 y entre alientos de agonía,
 cual un ángel, blandamente, deslizábase a los cielos. . .

.....

¡Y era triste!

¡y era negra!

¡melancólica la noche!

esa noche en que *dos almas*, que adorándose vivían,
y eran una sola nota de risueñas esperanzas,
y eran una sola nota de recónditos amores,
entre mares infinitos de infinitas agonías,

¡para siempre!

¡para siempre!

con un beso se arrancaron



En el cementerio

En busca del Amor de mis amores
—en triste llanto el corazón sumido—
en busca vengo de mi Bien perdido:
vengo a darle—en ofrenda—lindas flores
cojidas del jardín que yo plantára
y mi Amor con sus lágrimas regára.

Aquí traigo mis flores, vida mía,
con gotitas brillantes de rocío:
son de Cielo sonrisas, cielo mío,
las gotas son de llanto que, a porfía,
te consagran tus hijas: son los besos
que te envían en pétalos impresos.

Campos de soledad, tristes desiertos,
que guardais el tesoro de mi vida,
decíme ¿dónde está, dó mi querida?
¿por qué oculta teneis entre los muertos
a la tierna mujer por quien latía
mi corazón, a la Adorada mía?

Ella fué la más linda de mis flores:
con su dulce mirar, con sus caricias
hacia de mi vida las delicias,
disipaba las sombras, los temores
que,—a veces—en mis horas de tristeza
invadían mi mente soñadora:

¡Cómo, entonces, gentil y encantadora,
cual visión de los cielos, mi Teresa,
del amor divinal de su alma pura
—que en el fondo del alma llevo impreso—
me brindaba raudales de ternura,
y endulzaba mis penas con un beso! . . .

Campos de soledad, mundos siniestros,
testigos del dolor ¡ved mi agonía!
y volvedme ¡por Dios! la prenda mía,
no queráis retenerla entre los muertos:
que es mucho lo que sufro y lo que lloro:
por mis hijas ¡piedad! ¡piedad! ¡imploro.

De su madre el calor siempre buscando,
viendo el nido tan triste y ya vacío,
¡pobrecitas!— muriéndose de frío—
me preguntan por ella, y yo, llorando
y sumido en amargo desconsuelo,
les digo: no está aquí, está en el Cielo.

A estos campos de despojos yertos
vengo ahora—el alma conmovida—
a buscarte, pedazo de mi vida,
y decirte que vuelvas, amor mío,
al hogar, que sin tí quedó vacío;
que no quiero que estés entre los muertos. . . .

Porque sin tí ¡cruel fortuna!
—¡muertas ya mis alegrías—
pasan mis horas, sombrías
y no encuentro calma alguna.

Sin la luz de tu mirada,
luz del cielo desprendida,
soy cual la hoja caída
y por el viento arrastrada. . . .

.....

¡Qué miedo no tendrás ¡pobre amor mío!
—en medio de estos lúgubres desiertos—
de encontrarte solita entre los muertos,
sintiendo de la tumba intenso frío!

Y es por eso, mi cielo, y es por eso
que vengo, presuroso, a estar contigo,
para darte calor y darte abrigo
con el fuego del alma: con un beso. . . .

1.911

¡Solo!

¡Oh que espantosa soledad, Dios mío!
¡Oh noche eterna en que mi sér se agita!
Contemplo ya mi juventud marchita,
Desierta el alma, el porvenir sombrío,
Y siento aquí en el pecho
Torturas que me ahogan, un peso que me abruma,
Porque ¡ay! cómo la espuma
Mis ilusiones todas, mis glorias se han deshecho.

¡Ayer, no más! repleto de ventura,
Pensando en mundos de color de rosa.
Feliz! al lado de mi tierna esposa,
Cautivo del amor de su alma pura,

Mis horas vi pasar:
 Brillando en torno mío, brillando de mi amada
 La luz de su mirada,
 Tan clara como el cielo, profunda como el mar.

Hoy, en el cielo del hogar querido,
 Do brillaron ayer mis ilusiones,
 Sólo densos, muy densos nubarrones
 Se levantan, se ciernen sobre el nido:
 Cubriéndole le van;
 Y en medio de esas nubes, tan negras y sombrías,
 Las esperanzas mías
 Contemplo que se alejan: ¡jamás ya volverán!...

¡Pasaron, sí, pasaron, como espuma,
 Mis ensueños de amor!...; y, ya desierto,
 Se agita el corazón ¡siempre cubierto!
 Como a veces el mar, por densa bruma!
 Tan sólo me han quedado
 Espinas en el pecho, tristezas en el alma:
 Y pierdo hasta la calma,
 Al ver cómo ¡tan presto! mis dichas han pasado....

*
 * *

¡Triste es vivir cuando la vida cansa,
 Cuando se siente el corazón vacío,
 Y la mente, en eterno desvarío,
 A columbrar el porvenir no alcanza!

¡Cuando por siempre han muerto
Las alegrías todas, y sólo, ¡ay! han quedado
Recuerdos de un pasado,
Cual flores que brotáran en árido desierto!

¡Y muy triste es vivir cuando en la vida
Ya no hay luz, esperanzas ni sonrisas!
Cuando le falta al corazón caricias,
El dulce amor de la mujer querida;
Al ver cómo, sombrías,
Las horas van viniendo, las horas van pasando,
Y estar siempre apurando
Nostalgias infinitas, eternas agonías!...

Perdóname, Señor, si con mi llanto
Tu providencia divinal ofendo:
Con mis quejas, Dios mío, no pretendo
Rehuír el dolor que ¡tanto y tanto!
Aviva mi pasión:
Tú sabes que ese llanto de mi alma solitaria
El grito es, la plegaria
Que eleva, en sus congojas, el pobre corazón.

Porque amargo es vivir como yo vivo:
Sin el hijo querido, ¡mi esperanza!
Que, en busca de su madre, en lontananza

Se hundió, veloz, dejándome cautivo;
 Sujeto al cruel martirio
 De estar con mis recuerdos; a solas, como un loco,
 Sintiendo, poco a poco,
 El alma consumirse, a fuerza de un delirio.

¡Lóbrega noche es la existencia mía!
 ¡No brilla para mí el azul del cielo!
 ¡Triste cantan las aves, en su vuelo!
 ¡Y doquiera, doquier que a mi María,
 Su imagen contemplando,
 La busco, enamorado, le llamo, enternecido,
 Tan sólo ¡ay! el gemido
 Escucho de los vientos que pasan susurrando

* * *

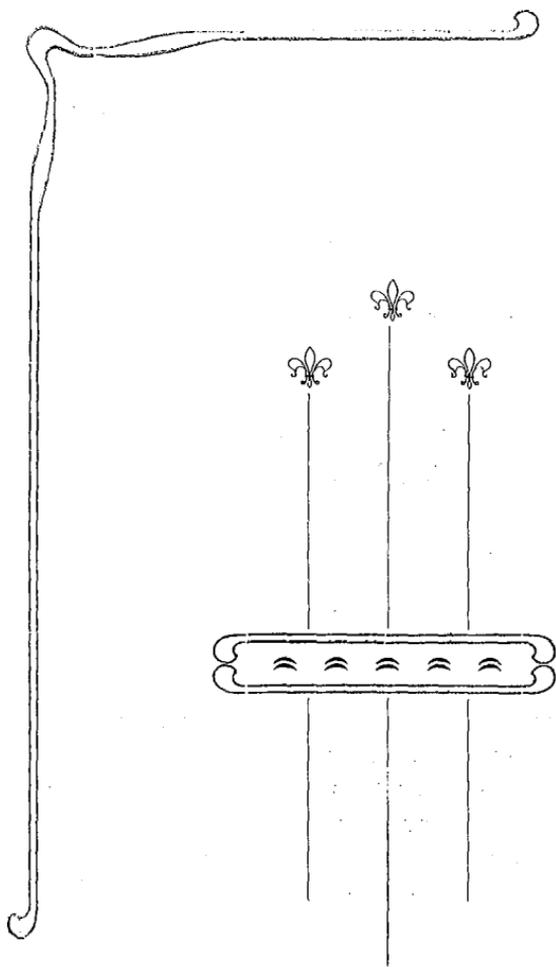
Y viéndome ya solo, muy solo y muy sombrío,
 Con dichas imposibles, tenaz, siempre soñando,
 Pregunto yo a mis flores, preguntóles llorando,
 Si han visto a mi querida, y en dónde al amor mío,
 ¡En dónde lo hallaré!
 Y, mustias ya, mis flores sus pétalos esconden
 Y, tiernas, me responden:
 Volando, tu paloma, volando alto se fue....

De tarde, cuando veo que tornan a su nido.
 Alegres y cantando su amor, las golondrinas,
 Y escucho de su canto los notas argentinas;

Pregúntoles, llorando, si saben dó se ha ido
Mi amor, idónde estará!
Muy alto—me responden—volóse, ya no asoma;
Mas dijo tu paloma
Que pronto tú le sigas, que al Cielo ella se va.

De noche, cuando, triste, y, a solas, contemplando
Del cielo la hermosura, le envió mis querellas,
Y en penas sumergido, yo miro a las estrellas,
¿En dónde mis amores—les digo—sollozando,
En dónde, ¡ay! estarán?
Y las estrellas viendo, cautivas, mis anhelos,
Me dicen que a los Cielos
Los buenos se encaminan, los ángeles se van.

Y siempre que, del día, las horas ya declinan,
Y mi alma, solitaria, a Dios levanta el vuelo,
Sintiendo las nostalgias de aquel hermoso Cielo,
A donde, presurosos, los buenos se encaminan,
Los ángeles se van;
Parece que, al oído, me dicen: ya no llores:
Con ansias, tus amores
Te esperan en el Cielo, felices allí están. . . .



Besos de muerta

Cuando, triste, silencioso, taciturno, en la callada
y escondida tumba fría
do reposa mi Adorada,
« ¡la adorada muerta mía! »

De sus plácidos amores
los recuerdos matadores ¡los recuerdos matadores!
una tarde yo evocaba,

Y la hermosa luz, radiante, de sus ojos,
¡lindos ojos!,
con demencia, allí buscaba;

Cual de amor dulce latido,
escuché como un gemido,
un gemido, hondo, muy hondo,
que brotaba desde el fondo
de la oscura tumba fría
do reposa mi adorada «i la adorada muerta mía! »

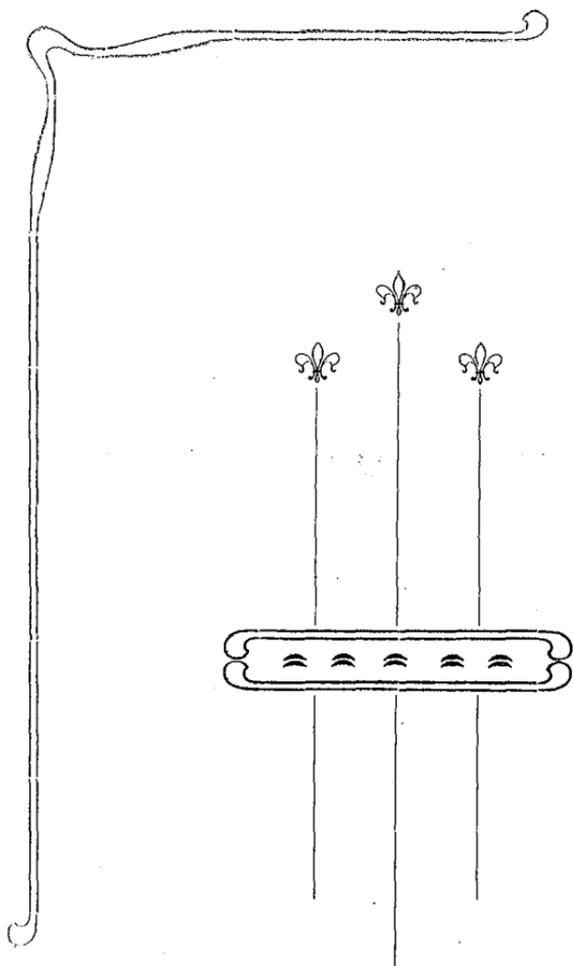
Y rumor óf de besos,
como de esos, como de esos
que brindarme ella solía,

Y que, al fuego de sus ojos,
¡ay! brotaban, quemadores,
de sus labios seductores,
de sus lindos labios rojos,
hoy ya pálidos despojos
de la huesa ¡mudos! ¡yertos!
¡labios fríos! ¡labios muertos!

Y sentí que dulce brisa, recogiendo, cuidadosa,
de la tumba aquellos besos,
en mis labios, cariñosa,
blandamente, dejó impresos;

Y, gentil, acariciando
mi arrugada, oscura frente,
alejóse, murmurando,
murmurando, lentamente,
de los muertos la canción.

Desde entonces ¡ay dolor! ¡tormento mío!
siento frío ¡mucho frío!
¡frío intenso al corazón!.....



¿Por qué lloras?

¿Por qué—dime—tortolilla,
gimes, tan triste, en el nido?
como yo, tienes herido
—por ventura—el corazón?

Díme, díre, sclitaria
de los bosques, ¿por qué lloras?
como las mías, tus horas,
tus horas ¡tan negras! son?

Es que, talvez, tortolilla,
tortolilla infortunada,
estás *sola* en la enramada,
solo está tu corazón?

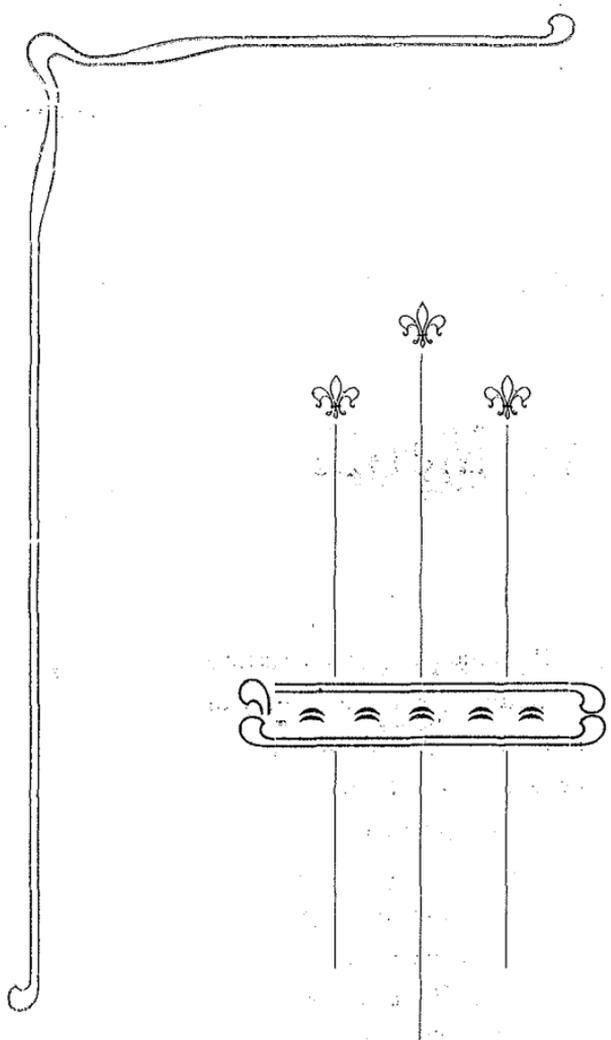
¿Por qué—si tanto padeces—
no levantas alto el vuelo,
y en las riberas del cielo
fijas, presto, tu mansión?

No llores más, avecilla,
no gimas, que cuando gimes
con tus gemidos me oprimes
el pecho, sin compasión,

Porque, sabe, tortolilla,
—que lloras tu amor perdido—
como el tuyo, tengo herido,
tengo herido el corazón....

Mensaje

Paloma que vas volando
y encumbras tan alto el vuelo,
si acaso llegas al cielo,
do está mi ilusión querida,
dile a mi prenda, a mi vida
que por qué me fue dejando;
que por ella suspirando
—con el corazón herido—
vivo aquí, y al ver su nido
vacío, en mi triste duelo,
sabiendo que voló al cielo,
vivo en el cielo pensando....



A los pies de mi Virgen

A mis hijas María Teresa, Mercedes Matilde y
Blanca Lucía.

¿Recuerdas, Madre mía? cuando niño
— la triste senda de orfandad cruzando—
venía yo a tus pies y, sollozando,
con las flores de Mayo ibellas flores!
te ofrendaba, inocente, mis amores;
me recreaba en tí;

Y con el alma, de ternura henchida,
postrado yo a tus plantas y de hinojos,

levantando hácia tí mis tristes ojos,
 te pedía que, en cambio de mis flores,
 me dieras a gustar de tus amores;
 te acordáras de mí.

¿Y recuerdas, María? cuando estaba
 mi pobre madre en el dolor sumida,
 y en las luchas, tremendas por la vida
 le faltaba ya el pan para sus hijos,
 — siempre mis ojos en tí, Madre, hijos—
 mendigo tuyo fuí.

Y tú, siempre también, siempre bondosa
 con tus manos, suavísimas, divinas,
 de mi pecho arrancabas las espinas;
 y, con tiernos cuidados y prolijos,
 velabas por mi madre, por sus hijos
 ¡por mí! ¡también por mí!

¡Cuántas veces!—recuerdo— en este asilo,
 do se aspira del cielo la fragancia,
 en las horas amargas de mi infancia,
 al oír que engañaba tanto el mundo
 —sobrecojido de temor profundo—
 a tí me consagré;

Y cual ave que, tímida, escuchando
de la tormenta formidable el ruido,
presurosa, a esconderse va en su nido;
oyendo, así como de un mar profundo,
las fieras tempestades de este mundo,
albergue aquí busqué....

Mas, los días pasaron!.... pasó el tiempo!....
ya era joven; y al verme de tu asilo
lejos, surcando el mar, mar intranquilo,
do sucumbe, y muy presto, la inocencia,
que tú fueras la luz de mi existencia,
con ansias, te pedí.

¡Cómo, entonces, María, de esas horas
pasadas a tu lado recordaba!....
y sintiendo que, ardiente, me abrasaba
con sus rayos el sol de la existencia,
por no ver marchitada mi inocencia,
pensaba mucho en tí.

Un día fui feliz ¡tan sólo un día!....
un ángel puso Dios en mi camino,
y al destino de ese ángel mi destino
unió, puro, el Amor... ¡dulce agonía!
¡cómo, entonces—lo sabes, Madre mía—
no me olvidé de tí!....

Y la dicha pasó... pasó cual sombra!...
 en un día como éste, de tu Mayo,
 lanzado por el cielo, hiriome un rayo:
 el ángel voló a Dios;... y en mi agonía
 ay!, llorosos mis ojos, Madre mía,
 se volvieron a tí...

Apagado ya el sol de mi ventura,
 sombrío el porvenir, enferma el alma,
 sintiendo ya pérdida, hasta la calma,
 y en busca de una luz, de una esperanza,
 fijé acá una mirada en lontananza,
 y a tí te contemplé;

porque cuando el dolor marchita el alma
 y cubre el corazón con denso velo,
 no le queda ya al hombre sino el cielo,
 pues de allí, como luz de lontananza,
 se desprende, risueña, una esperanza
 ¡ay! la esperanza en tí...

Heme aquí, otra vez imirad a tu hijo!...
 —cruzando del dolor la triste senda—
 viene ahora a ofrendarte. Mas, ¿qué ofrenda
 será digna de tí, tierna Señora?
 ya las flores de Mayo están ahora
 marchitas para mí...

En mi pobre jardín tengo unas rosas,
el único adorno de mi hogar querido!...
las prendas de mi amor, del ángel ido
deposito a tus pies, rendido ahora:
esas rosas, mis hijas son, Señora,
¡mis hijas!... ¡tuyas son.

Pobrecitas!... ¡mirad! ¡no tienen madre!...
el cielo—en sus designios, que yo adoro—
les privó de ese bien, de ese tesoro:
no gozan de su amor, de sus caricias;
prodígales, en cambio, las sonrisas
del tuyo corazón.

Tú sabes que ¡ay! al huérfano, infelice,
no hay dolor que en el mundo no le cuadre:
muéstrate, pues, tú ser de ellas madre;
No les niegues, María, tus sonrisas,
que en pago de tu amor, de tus caricias,
siempre tuyas serán.

Con mis hijas, Señora, yo te entrego,
—como don para tí rico ypreciado—
mi pobre corazón ¡tan destrozado!
jurando que: doquier mi triste suerte
me empuje, Madre mía, ¡hasta la muerte!
me he de acordar de tí.

Ocúltase ya el sol, el sol de Mayo....
morirán de tu mes las alegrías;
mas no cesen jamás las armonías,
las notas de mi amor: ¡que es bella suerte!
¡hasta la muerte, Madre, hasta la muerte!
esclavo ser de tí....

Cielo de brumas

Al Señor Doctor Don Luis Eduardo Bueno Yerovi,
en testimonio de aprecio muy distinguido.

Contemplando de mis valles
el horizonte infinito,
pareciera yo un proscrito,
me dan ganas de llorar:
en los bosques silenciosos,
lastimero el viento gime,
siento que el pecho se oprime,
y me pongo a suspirar.

Es que al ver mi lindo cielo
lleno de cuadros sombríos,
brotan los recuerdos míos,
que ¡tristes, muy tristes son!
y en el mar, hondo, muy hondo,
de mis recuerdos queridos,
al compás de sus latidos,
va flotando el corazón.

Pienso, al mirar ese cielo,
ay! en mis dichas pasadas,
y de mis glorias soñadas
contemplo un mundo deshecho:
busco, entonces, por doquiera,
con frenesí, con locura,
radiante el sol de ventura
que abrigo daba a mi pecho.

Y al surgir de mis recuerdos
el pasado que me inspira,
al són, al són de mi lira,
me pongo, triste, a llorar:
y llora, y suspira el alma
—de amargas penas repleta—
porque el alma del poeta
llora, su pena al cantar.

Y con el alma sumida
en hondas melancolías,
pienso ¡ay dolor! en los días
en que, gentil, mi Adorada
me brindaba, seductora,
—de su cariño al exceso—
su alma pura en cada beso
y un cielo en cada mirada.

¡Cómo, entonces, cual anhela
el ciego la luz del día,
busco yo la suerte mía
y no la encuentro ¡infeliz!
sólo, rápidas, pasando
van delante, matadoras,
una tras una, las horas
de otra existencia ¡feliz!...

Entre las hondas oscuras
de ese horizonte sombrío,
¡ya para siempre vacío!
contemplo mi dulce hogar:
y cual llora el pajarillo,
cautivo lejos del nido,
pensando en mi hogar querido,
torno de nuevo a llorar.

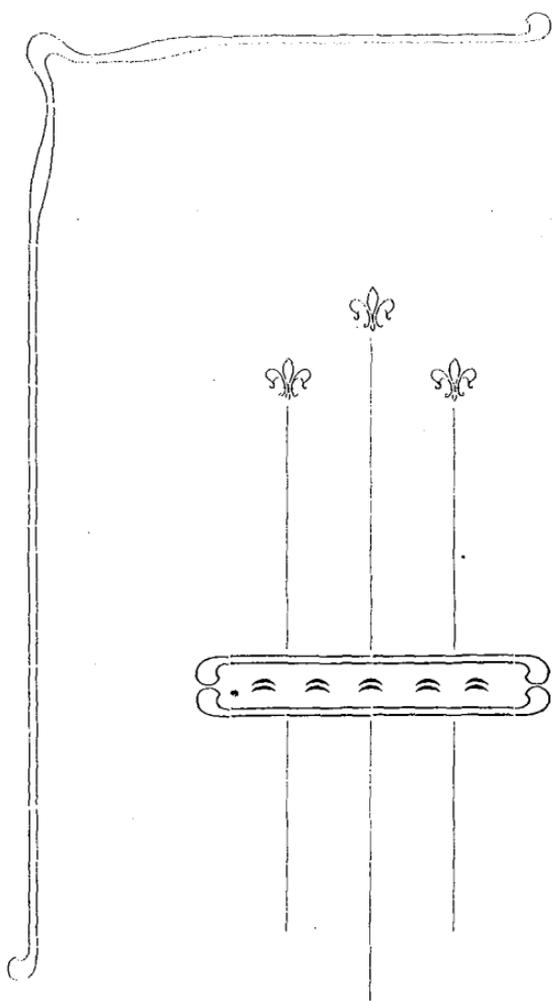
Y llora y suspira el alma,
porque allá, lejos, muy lejos,
amortecidos reflejos
de otro *cielo* ve brillar:
ese cielo do al arrullo
de dos espléndidos ojos,
solía yo, en versos rojos,
al Dueño mío cantar.

Pienso en mi blanca chozita
testigo de mis amores,
en ese nido de flores,
el nido del corazón! . . .
y brota el llanto a raudales
al contemplarla desierta,
al ver ¡para siempre! muerta
de mi vida la ilusión.

Entre las *Dondas* oscuras
de ese azul lleno de brumas,
como en el mar las espumas,
mis dichas flotando van:
clamo entonces al Destino
por ellas, y—no sé dónde—
suenan una voz que responde:
¡tus dichas no volverán! . . .

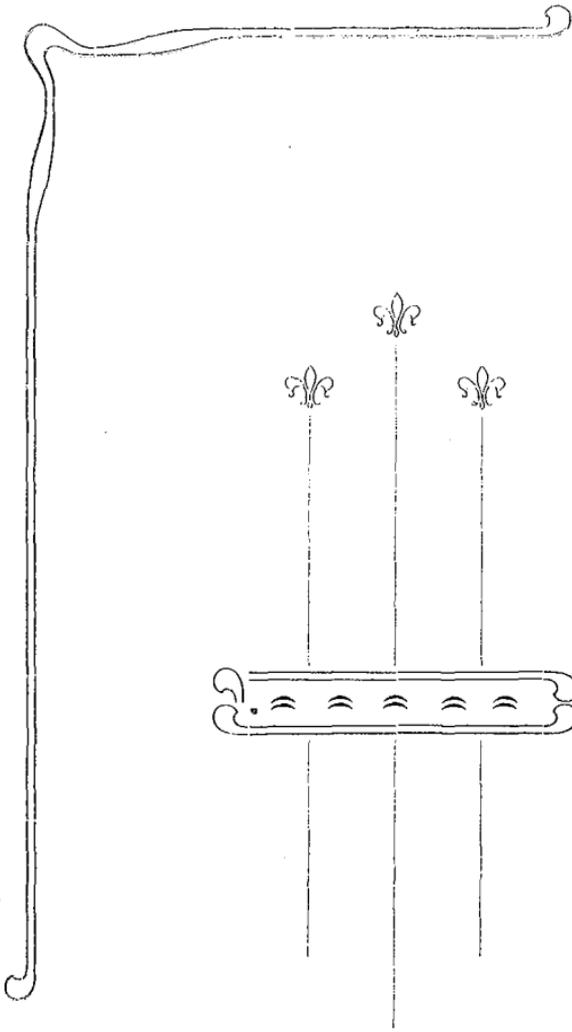
Y cual llora el pajarillo,
cautivo lejos del nido,
suspiro, lloro al ver ido,
muerto un mundo de ilusión:
y vañse en cada suspiro
y de llanto en cada gota,
girones de una alma rota,
pedazos del corazón

1.912



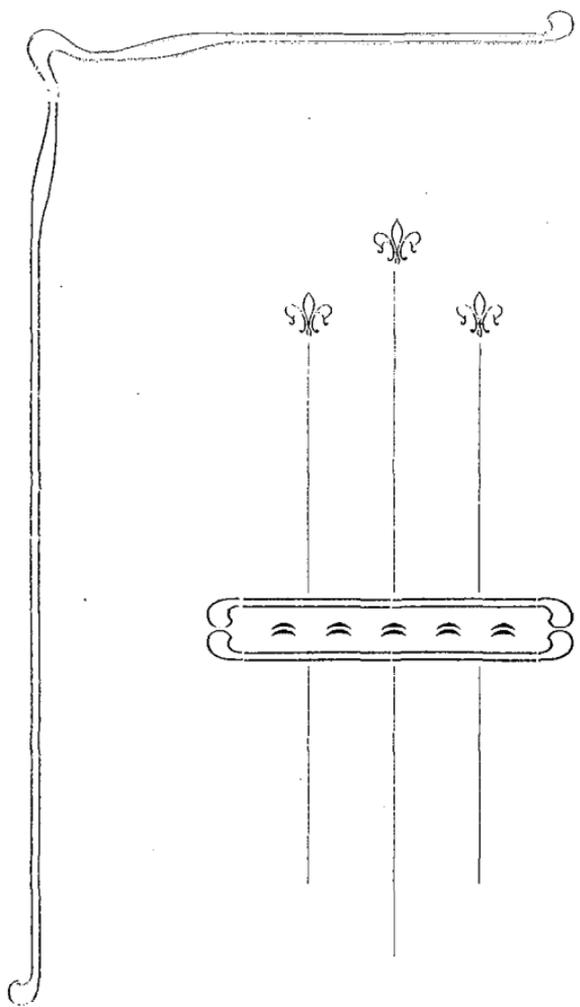
Gemido

Sola está la cuitada tortolilla
en su ya desierto nido:
y, al verse así ¡tan sola!, de su pecho
ya deshecho,
de su corazón herido,
con la herida que vivir ¡ay! no le deja,
una queja ¡amarga queja!
lanza en forma de gemido....



En la postal de mi hermana Amelia

Cuando escuches, Amelia, en torno tuyo,
un murmullo infantil, un dulce ruido
que, armonioso, hasta el cielo se levanta,
y simula el del ave cuando canta,
inocente su amor en casto nido:
consuélate, no llores:
en el cielo, de tu alma entristecida
los ojos estén fijos:
porque al trono de Dios, y por tu vida,
va, entre nubes de besos y de amores,
la oración de tus hijos.



Mi golondrina

A mi hermana Isabel Matilde

Cuando al caer de la tarde
escucho ese dulce ruido
que hace, de vuelta a su nido,
mi casera golondrina,

llenando así de armonías
el cielo triste y brumoso
de mi hogar, antes dichoso,
frío ahora y desolado: . . .

cuando en torno de su nido
— como si entrar no quisiera—
juguetona, bullanguera,
la contemplo revolando.

cual si alegrar anhelara,
con sus armoniosos trinos
y sus vuelos peregrinos,
mi alma triste y solitaria:

cuando, en fin, sobre el alero
de mi tejado la miro,
y algo, así como un suspiro
de amor, en trinos me envía,

me figuro ¡quién creyera!
— su loca alegría viendo—
viene del cielo trayendo,
cual paloma mensajeta,

la paz, que el hombre se lanza
a buscar ¡con tanto empeño!
lejos de Dios, que es el dueño
de esa paz que aquí no alcanza.

Entonces, pienso, medito
¡cómo, resuelto, anhelante,
sin darse tregua un instante,
el hombre ¡infeliz proscrito!
vuela, por región ignota,
en pos ¡ay! de una esperanza
que, engañosa, en lontananza,
entre azules ondas flota!

sin comprender ¡infelice!
lo que a mí la fe me dice:
que sin Dios, jamás el alma
del triunfo obtendrá la palma,
tendrá en sus mares bonanza;
que es un sueño la esperanza,
y la existencia un martirio;
y que todo, hasta la vida,
es sombra, ilusión mentida,
delirio ¡vano delirio!

Y al oír, enternecido,
la nota, dulce, argentina,
de mi linda golondrina,
que en torno juega del nido,
creo, sí, que con su canto
quiere la hermosa avecilla
endulzar, tierna y sencilla,
de mi pecho el cruel quebranto;
y me dice que en la tierra,
do jamás se enjuga el llanto,
en vano es buscar consuelo:
que sólo, sólo en el cielo
la paz del hombre se encierra

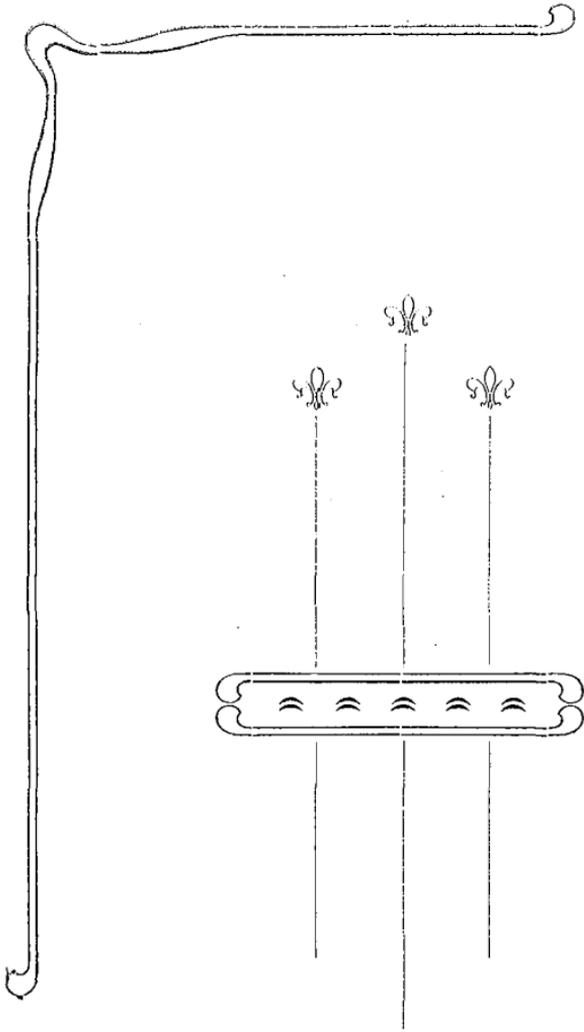
Por esto, cuando, sombría,
llega la tarde y declina,

al ver a mi golondrina,
y al contemplar su alegría
—arrancándose del suelo—
hacia Dios levanta el vuelo,
silenciosa el alma mía....

Secreto del alma

¿Por qué dulce será, cuando se llora,
contemplar el azul turquí del cielo,
levantar hácia Dios del alma el vuelo
y en sus manos ponerle el corazón?

—porque el Cielo comprende a los que lloran,
y Dios sólo cerrar puede la herida
por do, rápida y cruel, se va la vida
¡ay! la vida fugaz del corazón....



Una noche en "San Eloy"

A mi amigo Yván Endara

Y era noche de luna... Estaba yo muy triste,
porque tengo muchas tristezas en el alma
y era noche de melancolías.

La pálida viajera, la solitaria errante,
la inspiradora de mágicas armonías
y de canciones lánguidas,
con su luz indecisa, con su luz vacilante
y su girar muy lento,
recorría el azul del firmamento,
flotaba envuelta entre brumosas ondas
inegrasi irías!
como las hondas, sí, como las hondas
penas mías....

Y la noche era triste: . . .
desde el jardín ameno
de la bella casita do me hallaba,
hundido en mis recuerdos ¡ay! los recuerdos del alma . . .
en silenciosa calma,
la grandeza del cielo contemplaba;
mientras el pobre corazón mío,
ahogándose en el hondo mar de sus nostalgias,
muriéndose de frío,
suspiraba . . .

En el huerto, fragante, perfumoso
como el beso, deleitoso,
de la mujer querida,
oíanse— a veces estridentes, a veces suaves—
los silbos, prolongados, de las aves
que velaban en sus nidos
— ¡quién sabe si *desiertos!* . . .
del viento los gemidos,
cual lúgubres conciertos,
íbense á morir, allá . . . lejos, muy lejos,
como se mueren del sol los últimos reflejos,
como se mueren las plegarias
que, desde sus tumbas solitarias,
nos envían los muertos . . .

El silencio doquier . . .
tan sólo en el alero de la casita,
do se aspiran de un hogar feliz gratos aromas,
en música infinita,
se arrullaban dulcemente, enamoradas, las palomas;
mientras el pobre corazón mío,
ahogándose en el hondo mar de sus nostalgias
muriéndose de frío,
suspiraba . . .

Y la noche era fría,
y la noche era helada
como es helado el corazón que ve perdida,
¡y para siempre! ¡ay! ¡para siempre!
su ilusión dorada.

Y estaba yo muy triste,
porque tengo muchas tristezas en el alma
y era noche de melancolías . . .

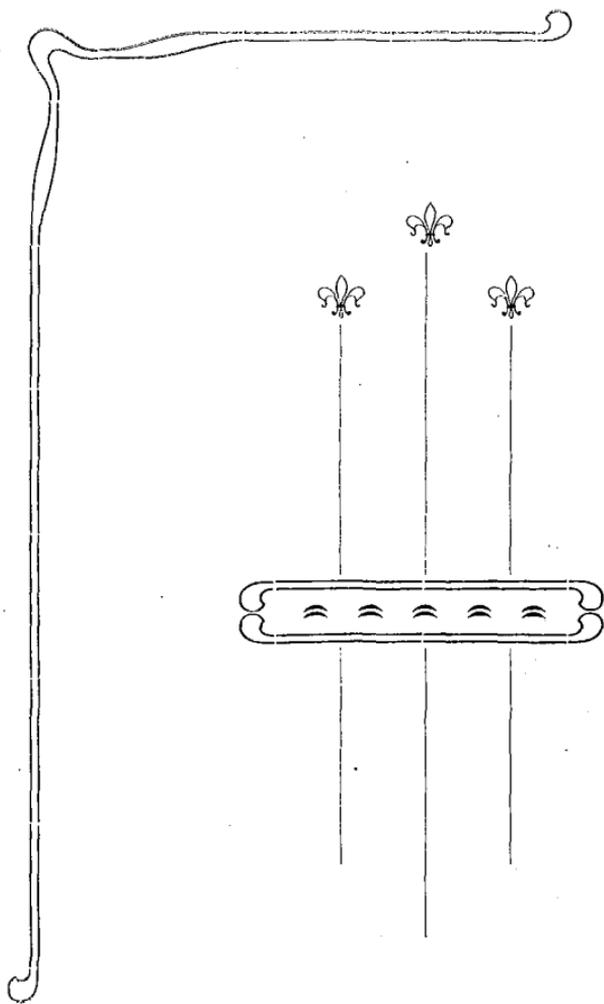
La pálida viajera, la solitaria errante,
la inspiradora de mágicas armonías
y de canciones lánguidas,
con su luz indecisa, con su luz vacilante
y su girar muy lento,
recorría el azul del firmamento:

por infinitos rumbos
se encaminaba como dando tumbos,
flotaba envuelta entre brumosas ondas
inegras! ifrías!
como las hondas, sí, como las hondas
penas mías

Amor y Muerte

En pos siempre de ventura
—que jamás aquí se alcanza—
el hombre al placer se lanza
en los brazos del Amor:
y ama, y goza, sin que nunca
dichoso, feliz ser pueda:
muere el placer, y le queda
sólo, y eterno, el dolor.

Mas, en la lucha no cede:
pues, ciego, el hombre no mira
que es la dicha una mentira,
y el placer, tan sólo engaño:
y así, de engaño en engaño,
va empujado por la suerte,
hasta que, al fin, con la Muerte
viene el postrer desengaño. . . .



Hastío

¡Y pensar! ¡ah! que la vida,
sombra fugaz y mentida
que el Engaño, cruel, la dora
y la encubre con su velo,
tiene reflejos de aurora,
con claridades de cielo!.....

¡Y creer que este duro suelo
que vamos, hora tras hora,
¡ay! con llanto humedeciendo,
cruzaremos recogiendo
flores sólo a nuestro paso!....

¿Qué es la vida? ¿tiene, acaso,
algo más que sus tristezas
y sus negras realidades?..
¿donde están las esperanzas,

esas mil y mil bellezas
con que, al nacer, nos convida?
¡engaño!
¡funesto engaño!
¡mentirai
¡todo mentirai
engaños del mundo son.

Y es engaño la Ilusión,
que si alguna vez inspira,
fugitiva, una sonrisa,
al punto, cruel, la retira,
dejando el alma en letargo:
y nunca el dolor suaviza,
porque, luego, luego, amargo,
viene el llanto tras la risa.

¿No vemos icómo, tan presto!
sí, ¡tan presto!
¡ay!, como hojas desprendidas,
las ilusiones queridas
se van, se van y se alejan,
y al irse sólo nos dejan
en el alma hondo vacío?

Oh! qué tormento, ¡Dios mío!..
¡es nuestra miseria tánta,
que do ponemos la planta
— como densos nubarrones—

de infinitas decepciones,
fiero, un mundo se levanta!..

Y en el suelo en que pisamos
—por do volvemos los ojos—
espinas sólo y abrojos,
a nuestro paso, encontramos;

Y con toda su fiera,
cual de un mar las tempestades,
se agitan las realidades, esas negras realidades
de esta vida que nos pesa:

Y, así, nunca jamás cesa
del dolor el ay profundo,
del alma el duro quebranto:
sumergidos siempre en llanto
vamos cruzando este mundo,
y en pos de esperanza vana,
como fugitiva estrella
que se asoma a la mañana
y a la tarde desaparece,
desaparece
sin dejar siquier su huella.

La dicha, el placer ¿qué son?
ilusión, vana ilusión,
engaño,
funesto engaño,

mentira,
todo mentira,
mentiras del corazón..

No existen, nó, los placeres:
dulce engaño las mujeres,
que con mentidos amores
al corazón halagando,
le dejan crueles dolores
que, al fin, minando, minando
le van y, presto, le hieren:
ay! amores
que roban, fieros, la calma,
y se mueren y se mueren
matando la paz del alma.

Placeres, dicha, ilusión
mentiras, mentiras son
que forja la fantasía
y duran sólo momentos:
y, al pasar, martirios lentos
nos dejan, cruel agonía:
el morir de cada día,
el expirar de los años
legan a el alma tormentos
en forma de desengaños.....



Lloremos por los muertos

Dedicada a la Sra. Dña. Virginia Alvarez v. de Portilla,
en testimonio de sincero aprecio.

Cuando, lúgubre, lenta, la campana,
Con su nota de tumba nos avisa
Que un hermano se va, se va, de prisa
— De la vida, talvez, en la mañana—
A perderse, por siempre idura suerte!
En la negra región do sólo mora

Y, espantosa, insaciable, cruel, devora
 Cuanto contiene de vital, la Muerte;
 Al oír, prolongado, ese gemido
 Que ¡ay! el alma desgarrá, el pecho oprime,
 Yo pregunto a la fe: ¿por qué así gime
 La campana, y en són tan repetido?
 Y me dice la fe que ese concierto,
 Ese canto, tan triste y lastimero,
 Significa el adiós ¡adiós postrero!
 De la Madre, que llora a su hijo muerto.

*
 * *

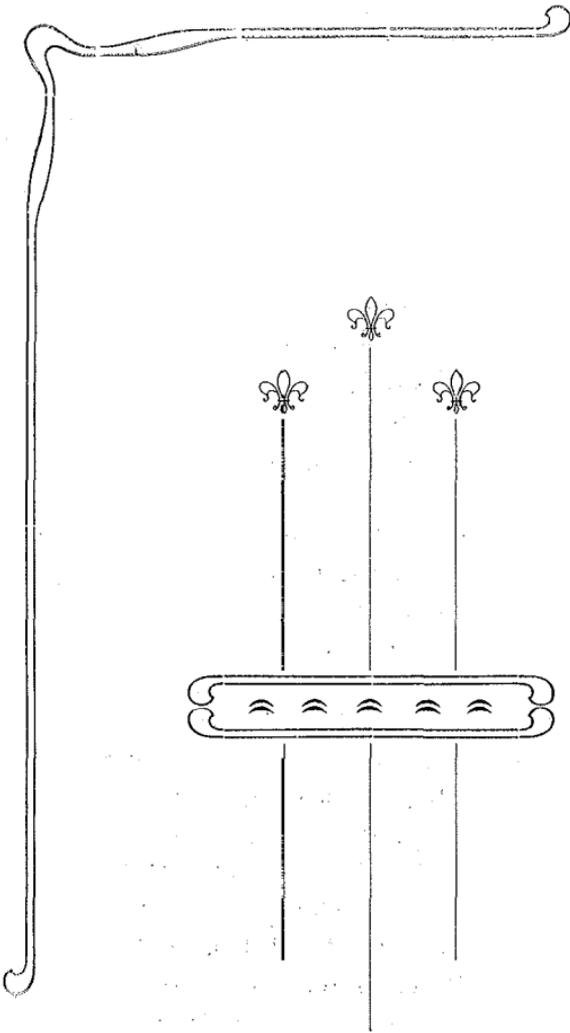
Oh! ¡cuán dulce es llorar por los que fueron!
 ¡Y qué dulce es gemir por los ya idos!
 Por los que ¡ay!, en la fosa ya caídos,
 De la Muerte en las sombras se perdieron:
 Consagrarles del alma un pensamiento,
 Y en su tumba, rendidos y de hinojos,
 Empapar con el llanto sus despojos;
 Darles vida, calor, con nuestro aliento.

Mas ¡qué triste es mirar en los desiertos
 Do yacen de la Parca los cautivos,
 Cómo ¡fieros! ¡impávidos! los vivos
 Abandonan y olvidan a sus muertos!....

Mendigos del Recuerdo!... ¡En vano, en vano!
Una lágrima piden, un gemido:
El olvido, tan sólo ¡ay! el olvido,
Pavoroso, se cierne en ese arcano
Do no están del placer ya los engaños,
Y la vida, el amor, ya no palpitan,
Donde, sólo, tristísimos, se agitan
Del fiero corazón los desengaños.

¡Cuán amarga, cuán lúgubre es la historia
De aquellos que en la fosa están cautivos;
Pues que al irse del mundo de los vivos
Vanse, presto, también de su memoria! . . .

Vayamos a su tumba solitaria,
Donde el mar del dolor no tiene orillas,
Y lloremos allí, mas de rodillas;
Que es el llanto dulcísima plegaria,
Los gemidos, del alma son conciertos
Que, armoniosos, se elevan hasta el cielo:
Rompamos de la tumba el denso velo,
Y lloremos, lloremos por los muertos.



Reflexiones (1)

¡Qué triste desenlace el de la vida!
irealidad de la tumba, pavorosa!
un puñado de tierra en una fosa,
olvidada y, talvez, ¡ay! . . . maldecida,
de la humana grandeza es cuánto queda.
Ahí, extinguida
la vemos, para siempre, sin que pueda,
jamás, poder humano
penetrar los misterios de ese arcano
tenebroso

Ahí, la seda
con que el rico pretende su miseria,
insensato, encubrir ¡fin lastimoso!
muy pronto en vil materia

(1) Composición leída por el Autor, al tiempo de inhumar los restos mortales del Canónigo Dr. Dn. Cerbeleón Gómez Jurado.

aparece ¡ oh sarcasmo ! convertida,
y con ella, por siempre, confundida
la vanidad humana.

¡Cómo vemos al borde de esa fosa
que el placer es tan sólo una quimera
y quimera también, ilusión vana,
el brillo de la gloria!

Cuando allí, contemplando tanta escoria,
medito la verdad, punto por punto,
me pregunto:

¿dó aquí el brillar de los honores
y la pompa del siglo,

de que tanto se hinchó el orgullo humano?
y del lujo esos vivos resplandores,
las riquezas

qué se hicieron?

¡ay dolor! un gusano, tan sólo, ¡un vil gusano!
bastó para burlar tantas grandezas
que en el mundo fueron

Ya todo está acabado!

¡es podre, nada más, cuánto ha quedado!,
y grabada en la podre nuestra historia!

En la tumba no existe ya memoria
ni hay vestigios siquiera, ¡ni una huella!
de que el hombre,

momentánea ilusión, fugaz estrella,
 por la tierra pasó:
 pues hasta el nombre
 que en su loza grabára amiga mano
 desaparece:
 porque todo en la tumba, en ese arcano,
 do sólo la virtud en paz reposa,
 desvanece:
 sin que nadie esa ley estorbar pueda.
 Del mortal ¡ay dolor! apenas queda
 un puñado de tierra en una fosa,
 olvidada y - talvez - ¡ay!... maldecida:
 ¡qué triste desenlace el de la vida!
 ¡realidad de la tumba, pavorosa!

.....

Pero hay algo que la Muerte, al fin, no hiere,
 ni se apaga en las sombras de la nada:
 la grandeza del alma, que no muere,
 el irradiar de una conciencia honrada.

Y tú, noble varón, del Cristo ungido,
 no temas, nó, que, ilustre, tu memoria
 se confunda entre el polvo del olvido:
 pasaste haciendo el bien, ennoblecido
 por el sello, grandioso, de la gloria
 que imprime la virtud cuando, en consorcio

con la ciencia, que ilustra, en torno flota
de la Cruz, que es grandeza, que es bonanza,
de la Cruz generosa, de do brota
la sonrisa del cielo: la Esperanza....

Duerme, pues, en paz, duerme tranquilo:
si la Parca, y en hora muy temprana,
cortó, fatal, de tu existencia el hilo,
espéranos aquí, que en este asilo
mañana nos tendrás.... ¡Hasta mañana!....

.....

Hora negra

Cuando ya su hermoso brillo
oculta el sol, y su manto
la noche extiende, y el canto
cesa, al fin, del pajarillo:

y nos invade, sombría,
de las tristezas la hora;
cuando, tierna, el alma llora
y a Dios sus penas confía:

Cuando de pronto se acalla
y cesa del mundo el ruido,
y allá, lejos, el bramido
de la tempestad estalla:

Y queda ya desolada
natura, sin luz, sin vida,
y el alma, sobrecogida,
vuelve, parece, a la nada:

¡hora aquella de agonía,
en que el viento, susurrando,
pasa y se aleja dejando
tras de sí melancolía!

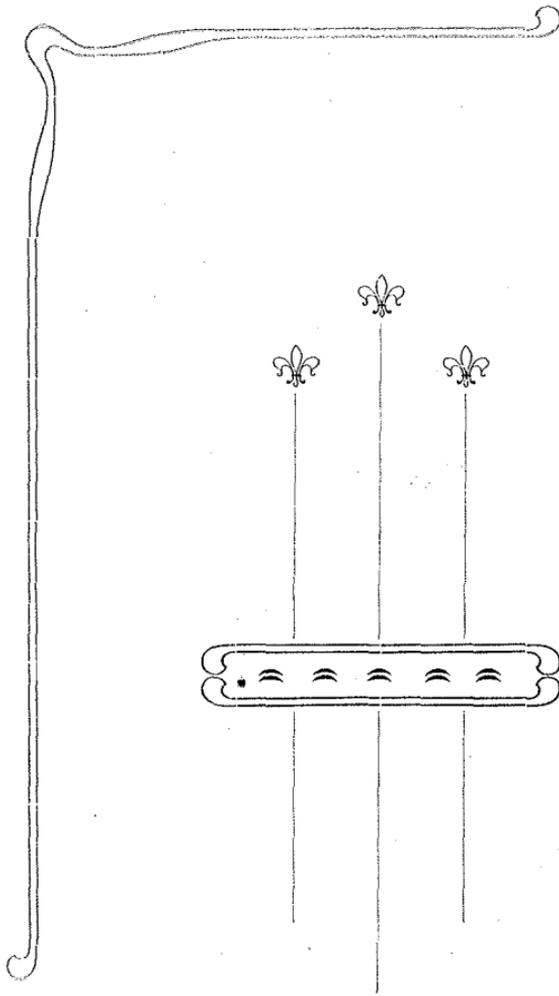
Cuando contemplo cubierto
de negras sombras el cielo
y oigo el graznido que, al vuelo,
el buho lanza, siniestro,

me figuro de la tumba
la oscuridad pavorosa,
y al borde estar de la fosa
do la vida se derrumba:

y escuchar creo el gemido
que exhalan, triste, los muertos
desde sus tumbas, desiertos
do sólo mora el olvido:

y al ver cómo en él sumidos
y de ruín polvo cubiertos
yacen los despojos, yertos,

¡ide tantos hombres ya idos!,
de muchos que enaltecidos
fueron ayer en el mundo;
exhalando un ay profundo,
mi alma triste y solitaria,
eleva a Dios su plegaria
por esos hombres ya idos
y de ruín polvo cubiertos,
¡por tantos seres queridos!
por los olvidados muertos. . . .



Noches oscuras

Me gusta lo sombrío,
lo tétrico y siniestro,
y todo lo que, lúgubre,
se esfuma, desaparece
por la región infinita
de las tristezas que oprimen
y del silencio que absorbe:

y las sombras me agradan,
y la oscuridad me atrae,
como me agradan las tumbas,
como me atraen los muertos.

Es por eso que me gustan
 y me causan un placer, indefinible,
 intenso y raro,
 esas noches profundas, de tristezas muy negras,
 de ansiedades muy hondas:
 las noches oscuras.

Esas noches me llenan,
 y esas noches me inspiran
 con inspiración, sombría, extraña:
 son ellas las amigas
 que me envían, calladas,
 sus gélidas caricias
 y sus besos helados, como helados
 son los besos, las caricias
 de la Muerte....

¡oh mis noches oscuras!....
 ¡cómo en ellas mi espíritu se pierde
 por las regiones calladas
 do sólo habitan las sombras
 y las melancolías vagan!....

Me gustan esas noches
 en que se agitan, siniestras,
 las tempestades del alma,
 y que semejan, lóbregas,
 las noches del sepulcro.

Cuando en las noches oscuras
contemplo el azul lleno de sombras,
pavorosas como tumbas, y tan negras
como negra es del impío la conciencia,
me figuro que vagando en torno mío
andan los muertos:
y aún paréceme que escucho
esos ayes de agonía,
y esos gritos que, estridentes, se levantan
de las fosas sepulcrales,
entre ruidos de esqueletos
y de huesos carcomidos.

Y yo gozo extrañamente en esas noches,
en que se agitan, siniestras,
las tempestades del alma,
y el corazón, a solas,
suspira triste, y lamenta,
como lamentar se suele
la agonía de un ensueño
y el morir de una esperanza.

¡Cómo gozo extrañamente en esas noches
que inspirar suelen, fatídicas,
no se qué recelos vagos,
no sé que presentimientos
¡negros! ¡negros!

y ese mundo de tristezas,
y ese mundo de ansiedades
que brotar hacen del alma
llanto fiero,
llanto amargo!

que envenena, que devora, lentamente, el corazón...

Me gustan esas noches,
misteriosas, profundas,
de agonías muy lentas,
de ansiedades muy hondas,
y que semejan, lóbregas,
las noches del sepulcro:
porque las sombras me agradan,
y la oscuridad me atrae,
como me agradan las tumbas
como me atraen los muertos.

¡Oh mis amigas negras!
¡oh mis noches oscuras!

La vida es breve

¡Cuán presto pasa la vida!
¡cómo el tiempo va pasando!
y vive el hombre pensando
que es eterna aquí su suerte:
mas no ve cómo la Muerte
le sigue, atrás, escondida.

Nace el hombre ¡cruel fortuna!
¡qué nacer tan lastimoso! . . .
siente un frío, misterioso,
y, al sentirlo, llanto vierte:
es el soplo de la Muerte,
que le espera ya en la cuna.

Llora el hombre apenas nace,
y es su llanto misterioso:
el Dolor—asaz odioso

mensajero de la Muerte
que es efímera su suerte
presentir, al punto, le hace.

¡Cómo el tiempo va pasando,
y se oprime el alma viendo
qué, fugaces ¡ay! muriendo
van, como hojas desprendidas,
las ilusiones queridas
que el tiempo pasa arrastrando!

En su loco desvarío,
ciego, el hombre va corriendo
del placer en pos, creyendo
que es eterna aquí su suerte;
y no ve cómo la Muerte,
en su torno hace el vacío.

Y así, ciego, nunca advierte
que, con su soplo fecundo,
por una hora sólo al mundo
le lanzó Dios de la nada:
que es tan breve aquí su suerte,
y tan corta la jornada
de la cuna hasta la tumba,
que en la nada se derrumba,
presto, al soplo de la Muerte.

La canción de los muertos

Deslizáronse ¡ay dolor! en un momento
las horas de la vida! . . .

Como ráfaga de tumba y de sepulcro alicento,
fatídica, huesosa, carcomida,
callada, muy callada —
nos sorprendió la Muerte y nos hundió en la nada . . .

Y nada somos ya! . . . Infecto el polvo
de las tumbas nos cubre:
nos envuelven las sombras del olvido.

Pero ¡al fin! no escuchamos del mundo corrompido,
fiero el rumor de sus placeres locos,
de sus engaños mil, que—hábil— encubre,
y de que libres se ven pocos, muy pocos . . .

mensajero de la Muerte --
que es efímera su suerte
presentir, al punto, le hace.

¡Cómo el tiempo va pasando,
y se oprime el alma viendo
qué, fugaces ¡ay! muriendo
van, como hojas desprendidas,
las ilusiones queridas
que el tiempo pasa arrastrando!

En su loco desvarío,
ciego, el hombre va corriendo
del placer en pos, creyendo
que es eterna aquí su suerte:
y no ve cómo la Muerte,
en su turno hace el vacío.....

Y así, ciego, nunca advierte
que, con su soplo fecundo,
por una hora sólo al mundo
le lanzó Dios de la nada:
que es tan breve aquí su suerte,
y tan corta la jornada
de la cuna hasta la tumba,
que en la nada se derrumba,
presto, al soplo de la Muerte.....

La canción de los muertos

Deslizáronse ¡ay dolor! en un momento
las horas de la vida!...

Como ráfaga de tumba y de sepulcro aliento,
fatídica, huesosa, carcomida,
callada, muy callada—
nos sorprendió la Muerte y nos hundió en la nada...

Y nada somos ya!... Infecto el polvo
de las tumbas nos cubre:
nos envuelven las sombras del olvido.

Pero ¡al fin! no escuchamos del mundo corrompido,
fiero el rumor de sus placeres locos,
de sus engaños mil, que—hábil— encubre,
y de que libres se ven pocos, muy pocos...

Ni nos llegan del Siglo ese barullo,
 esa pompa mentida ipompa vana!
 con que un día halagára nuestro orgullo
 la vil grandeza humana....

.....

La Parca nos retiene aquí, cautivos;
 sin que nadie pensar quiera en nuestra historia
 ¡la triste historia de hoy, la de mañana,
 que escrita verán siempre en ruin escoria
 la vanidad, y la altivez mundana!....

Jamás! ¡nunca! los vivos
 se acuerdan— nó— de estos despojos yertos
 y de gusanos pasto:

huyen del campo, desolado y vasto,
 do tan sólo se escuchan los conciertos
 extraños del sepulcro, y los crujidos
 de esqueletos, de huesos carcomidos.

Mas, ¿qué importan olvidos a los muertos?....
 de la vida, tormentosa, idura vida!
 rendimos ya ¡por fin! la gran jornada;
 cesó ya del dolor el ay profundo:

Adios! falsa ilusión, dicha mentida,
 sueños, placeres y fortuna ¡adios!....
 de la Muerte, tranquila en la morada
 descansamos, en paz, lejos del mundo:
 ¡mundo engañoso y corrompido!.... ¡adios!.....

No llores

A mi prima Eudocia Monge de Andrade,

en la muerte de su hijo Jorge

Enjuga, Eudocia, tu llanto.....
el ángel que de tu nido,
pronto, muy pronto, volára
y en hondas penas dejára
tu corazón sumergido,
tu ilusión, tu hijo querido
—sus alas ya desplegando—
dichoso, se fue cantando:
feliz en el cielo está.

Pero ¡qué triste es contemplar icómo tan presto!
sí itan presto!

un porvenir se eclipsa, y se derrumba,
de la vida en la mañana, una existencia
que todo un mundo de esperanzas fuera! . . .
¡y es tan amargo ver cómo allí donde ayer una flor tierna crecer
hoy se levanta ¡siempre fría! ¡siempre negra y fatídica una tumba!

¡Pobre madre! en tu feliz hogar, intenso frío
síntese ahora, y llanto lleno de amargor se vierte
es que, insaciable y traidora, en él la negra Muerte,
ayer, no más, inspiró su aliento impío,
su aliento matador, su sople helado:
y al sople aquel, cayó un botón de tu jardín, tronchado
surgió en torno de tí, presto, el vacío
¡ay! el vacío del corazón ¡fiero vacío!

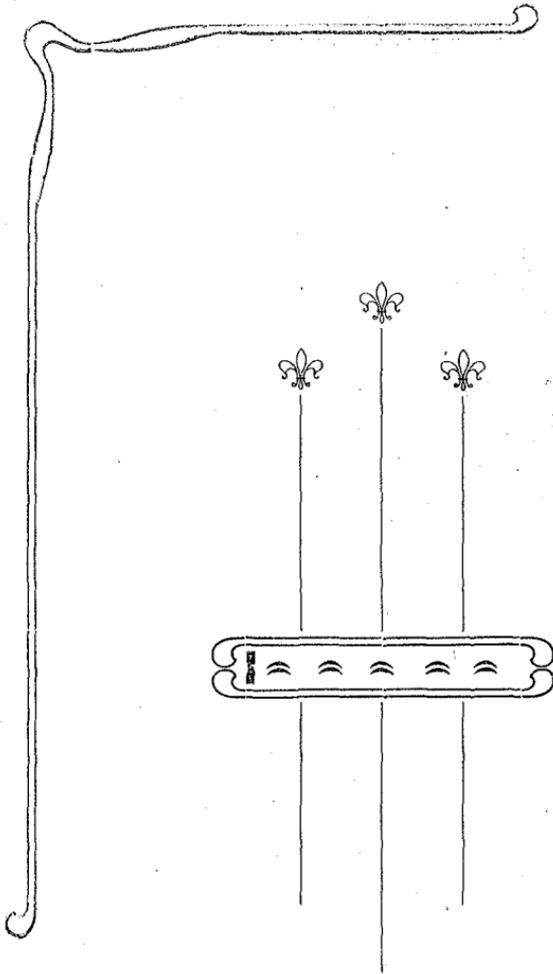
Pero no llores, nó: para tí Jorge no ha muerto:
y si los dardos de orfandad te hieren,
si la agonía del dolor te mata,
mira al hermoso Azul, tu alma dilata:
porque, sabes, Eudocia, —y eso es cierto—
los niños allá van: los ángeles no mueren.

Si abandonan el nido en que sus alas de carmín plegaron,
nido que mundos de armonía encierra,
coronada su sien de hermosas flores
y entre nubes ocultos, van y vienen, pues dejaron,
al volar, otro cielo ¡su madre! aquí en la tierra
¡ay! su madre, el gentil cielo de amores . . .

Cuando sientas que tu alma, conmovida,
agítase al recuerdo del que fue tu corazón y tu embeleso,
no quieras, nó, llorar; levanta el vuelo;
piensa que Jorge, el tesoro, el pedazo de tu vida,
que en tu pecho dejó su nombre impreso,
viene de tu alma a suavizar la herida
con hálitos de amor, amor de cielo:
viene otra vez a tí por darte un beso

Enjuga, Eudocia, tu llanto:
acuérdate que la vida,
sombra fugaz, fementida,
ilusión es pasajera,
y el placer una quimera
que, fugitiva, se aleja
y, al pasar, tan sólo deja
en el corazón tormentos,
vergüenza, remordimientos,
que el alma cruelmente hieren:
¡felices los que se mueren
y de aquí presto se van!.....

Mayo 15 de 1914.

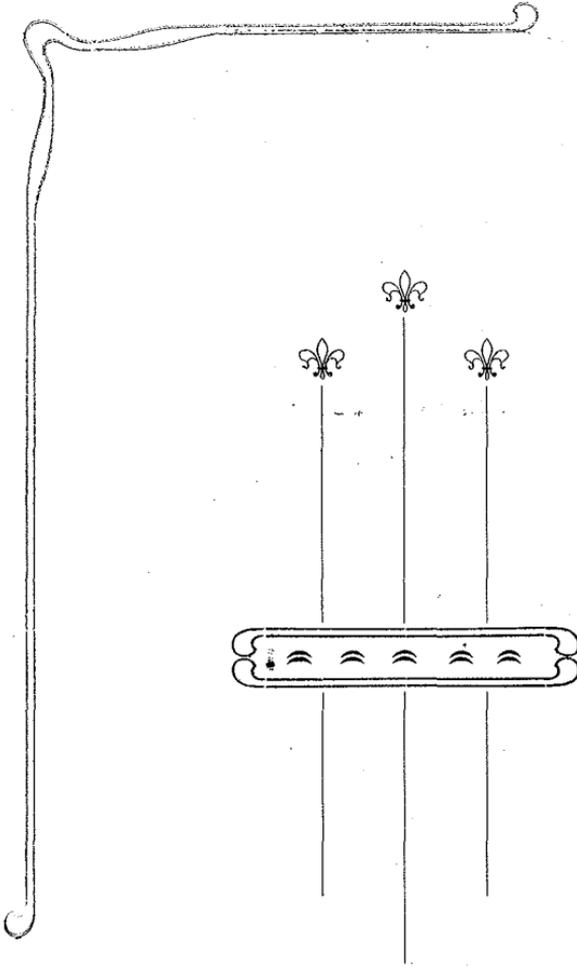


Sañemos, corazón.....

Sañemos, corazón, tu pena olvida:
deja ya de gemir, de llorar tanto:
sañemos, corazón, porque la vida
es un tormento cruel cuando sumida
quiere siempre vivir el alma en llanto.

Volemos, corazón, por las tranquilas
y azulosas regiones de los sueños,
donde brotan, lozanas, flores lilas
y sonríenme, dulces, las pupilas
de la reina gentil de mis ensueños.

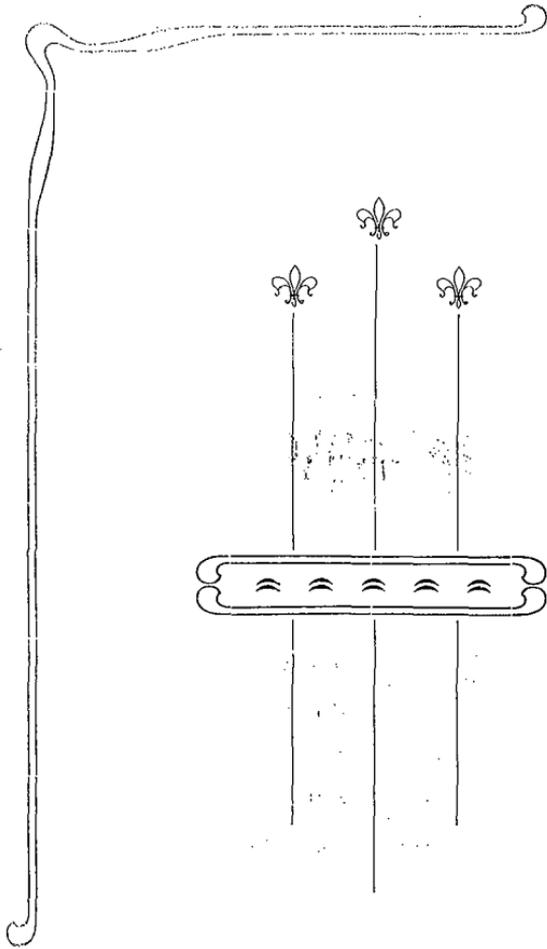
Sañemos, corazón, que no es posible
¡ay! llorando vivir: cesa en tu empeño
de querer alcanzar un imposible;
y aunque llores después— es preferible—
sañemos, corazón: “la vida es sueño”....



Desaliento

Sí, privada de luz y de esperanza,
—llena de hastíos, que matar no puede—
en busca mi alma de un amor se lanza,
risueño, el Porvenir le grita: ¡“avanza”!
y, sombrío, el Pasado: ¡“retrocede”!

que es un sueño el Amor, y es un demente
que muere apenas nace; ilusión vana:
retrocede y no avances imprudente,
que si triste y cansado es tu presente,
no lo esperes mejor a tu mañana”.



Lamentos de una esclava

“Nací a orillas del Magdalena”,
donde se ostenta, radiante, el sol;
meció mi cuna la dulce brisa,
“bajo la sombra de un girasol”

Mi pobre madre, una hermosa negra,
esclava siempre de un amo fue,
y yo la marca imarca infamante!
de los esclavos “también llevé”.

Y esclava vivo, sin que ¡ay! el rayo
de una esperanza vea brillar;
cíñenme duras, fieras cadenas,
lejos, muy lejos, del patrio hogar.

Apenas cantan los pajarillos,
cuando se asomá luz matinal,
salgo a las rudas, largas faenas,
y hago las veces de un animal.

Cuando quemada por fuertes soles
alguna sombra buscando voy,
"látigo fiero cae en mi espalda,
y ahí recuerdo que esclava soy"

y entre sollozos, y entre gemidos,
lejos, muy lejos, del patrio hogar,
pido yo al cielo, ruego a mi madre
que no me dejen ¡ay! azotar.

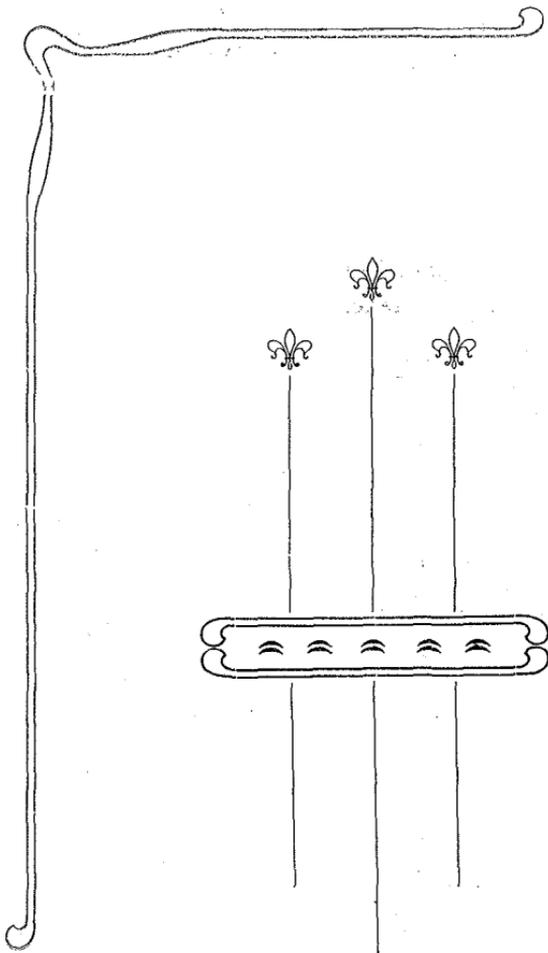
Y así las horas del día paso,
al remo siempre de mi azadón:
mientras a solas se va muriendo,
se va muriendo mi corazón.

Cuando, a la noche, desfallecida,
con las cadenas vuélvenme a atar,
viéndome sola, sin pan ni abrigo,
llamo a mi madre, rompo a llorar:—

pienso en mi río, pienso en mis playas
y de mi patria en el cielo azul;
y lloro mucho porque es amarga,
porque es amarga la esclavitud:

y, al fin, cansada de llorar tanto
duérmome y sueño: dulce ilusión
que, sonriendo, mi buena madre
trae del cielo mi redención?

1911.



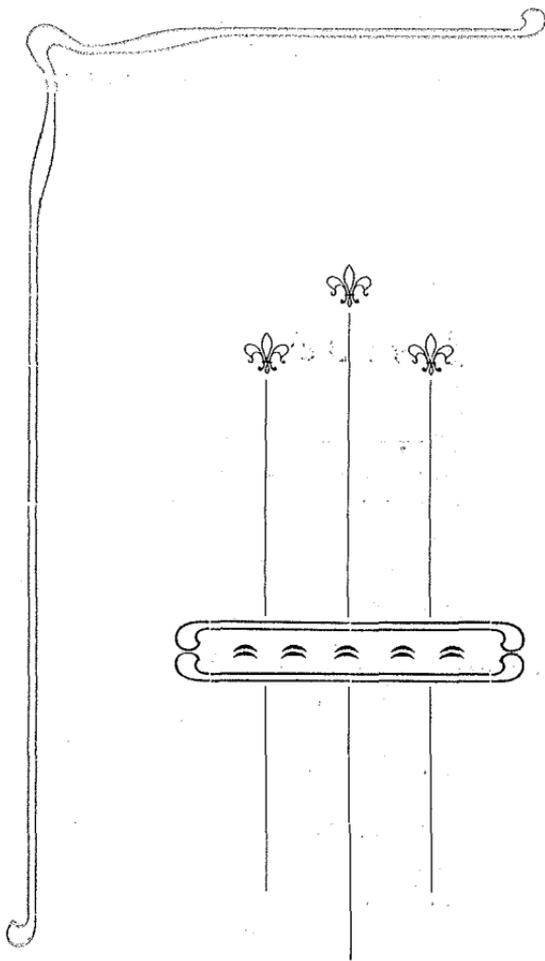
Olvida

Ay!, corazón inhumano,
¿por qué tanto me atormentas?
dime, al fin ¿qué es lo que intentas,
que así me oprimes, tirano?

¿pretendes, verdugo fiero,
matarme así, poco a poco?
basta ya, corazón loco;
no quiero morir, no quiero.

Olvida ya lo imposible
y no me oprimas cruelmente;
que morir tan lentamente
no es posible, no es posible;....

y aunque es cierto que de hastío
voy muriendo, poco a poco,
olvida, corazón loco,
olvida, corazón mío....



Soñando

A mi madre

Cuando niño soñé que allá, en la orilla
de un no lejano mar, mar intranquilo,
en la cima de un árbol buscó asilo
y albergóse una tierna tortolilla;

Y observé que en el árbol ¡pobrecilla!,
gimiendo, triste, por su *amor* ya ido,
—entre el cielo y el mar— su pobre nido
escondía, amorosa, la avecilla.

Mas, un día, yo ví— seguí soñando—
que agitábase el monstruo, enfurecido
y ¡ay dolor! vi también que el pobre nido
en las olas del mar iba flotando

¡Pobre madre!—decíame llorando.—
¿cual será de tus hijos, hoy, la suerte?
¿talvez, entre las olas ya la muerte,
insaciable su presa está aguardando!

En su fiero dolor, la tortolilla
su mirada fijar la ví en el cielo,
y, presto, levantar allá su vuelo
y de nuevo volver hacia la orilla.

Tranquilízase el mar, y, complacido,
de muy lejos, contemplo que se asoma,
mensajera de paz, una palóma
a la madre trayendo ileso el nido

Y al punto desperté;pero llorando:
junto a mí, vida mía, sollozando,
estabas tú ¡pobre madre!, en el empeño
de calmar la ansiedad que yo sentía,
¡ay! al ver que tu fuiste, madre mía,
la infeliz tortolilla de mi sueño

.....

La plegaria de la tarde

A mi hermana Lola

Ocúltase ya el Sol: presto las aves
tornan, alegres, de su amor al nido;
doradas nubes, con matices suaves,
de rosa dejan el Azul teñido,
y, gallardas, ostentan en sus vuelos
la grandeza inflnita de los cielos.

Primorosos, del Astro los fulgores
se derraman por valles y colinas;
en los bosques, de ocultos ruiseñores
escúchanse las notas argentinas,
y del mar, apacibles, se levantan
rumores como de aves cuando cantan.

Como ilusiones que del alma brotan
y que traidoras realidades hieren,
en los espacios azulinos flotan
las blancas nubes, que fugaces mueren,
con el triste morir de una soñada
ventura, que se va sin dejar nada....

Ocúltase ya el Sol... lento declina
un réguero de luz tras sí dejando;
al ocaso descende y se encamina,
con sus rayo a la tierra acariciando,
cual la madre que a su hijo y embeleso
ofrece, en despedida, un tierno beso.

Como una inmensa y luminosa hoguera
el horizonte—en lejanías—arde,
brilla el cielo, y respírase, doquiera,
la placidez risueña de la tarde;
mientras, coloso, el Luminar del día
muere esparciendo amor, luz y armonía,

Poco a poco los últimos reflejos,
al fin, del astro rey vanse extinguiendo;
y contéplase, allá, lejos, muy lejos,
la penumbra que, al punto, va surgiendo:
imagen de la Muerte, que, escondida,
cual la sombra a la luz, sigue a la vida.

La tristeza doquier . . . doquier la calma
 el pecho invaden; suavemente oprimen:
 llega la hora en que suspira el alma,
 y llora el corazón, los vientos gimen,
 como gime la tórtola en su nido,
 como lloran los muertos el olvido . . .

Se oscurece el Azul: triste, sombría,
 la noche, lenta, con su sombra avanza;
 huye, veloz, y se despide el día,
 llevándose consigo una esperanza,
 ¡ay!—talvez—de un hogar una sonrisa,
 que entre gotas de fuego se desliza . . .

El hombre; su labor suspende, y cesa
 el rudo batallar por la existencia;
 y sintiendo en su pecho la tristeza,
 mira al cielo, le muestra su dolencia,
 y del fondo de su alma solitaria
 eleva de la tarde la plegaria.

Es la hora en que, lenta, la campana,
 con su nota de cielo, nos avisa
 que la Madre de Dios, la Soberana,
 nos envía, amorosa, una sonrisa;
 es la hora en que el Angel, reverente,
 ante una Virgen humilló su frente . . .

Ah! entonces, escúchase un murmullo
que, armonioso, doquiera, se levanta,
cual de madre, dulcísimo el arrullo
con que a su hijo en la cuna aduerme y canta;
es el himno sublime con que el orbe
adora el Nombre que a Dios mismo absorbe.

¡Oh cuán dulce es, María, para el hombre
que lucha por la vida y sólo abrojos
recoje al fin de su penar sin nombre,
levantar hacia tí sus tristes ojos,
sabiendo, lo que olvidan los mundanos:
que el tesoro del cielo está en tus manos!

¡Y cuán grato es ¡oh Madre! ¡cuán sublime!
saborear de tu nombre la dulzura,
cuando ¡ay! el corazón suspira y gime,
al peso abrumador de una tortura
que minando le va la dulce calma
y le roba la paz, la paz del alma!

Ocúltase ya el Sol . . . lento declina,
un reguero de luz tras sí dejando;
al ocaso descende y se encamina
la vasta inmensidad azul ornando
con espléndidos grupos de arrebales,
que surgen, presto, al declinar los Soles.

Hora aquella en que, dulce, se respira
de los cielos, purísimo, el aliento;
hora que, al són de su inspirada lira,
y del rumor al són del mar, del viento,
han cantado, y con músicas secretas,
esos locos divinos: los poetas.

Poco a poco los últimos reflejos,
al fin, del astro rey vanse extinguiendo,
y contéplase, allá, lejos, muy lejos
que, funestas, las sombras van surgiendo,
como esa eterna en que la mente vaga
cuando la antorcha de la fe se apaga.

El silencio doquier... Melancolía
suavísima del alma se apodera:
icómo, entonces, de tí, de tí, Maria,
lo que niégale el mundo el hombre espera....
icuántos recuerdos ¡ay! mi mente evoca
cuando, a la tarde, el corazón te invoca!.....

Recuerdo que, postrado ya en su lecho,
el autor de mis días, moribundo,
estrechaba tu imagen contra el pecho,
y exhalando un suspiro, un ay profundo:
«os entrego mis hijos»— te decía—
«desde ahora son tuyos, Madre mía».

Y las horas contemplo en que yo, niño,
¡ay!, a cambio del pan que me faltaba,
lindas flores, María, te ofrendaba;
te pedía me mires con cariño,
de mi madre que vieras el quebranto
y enjugáras, solícita, su llanto:

Y te enseñaba, divinal Señora,
el mío corazón adolorido,
sabiendo que el que sufre, y el que llora,
y el que se encuentra en el dolor sumido;
van a tí por consuelos, y, de hinojos,
las miradas reclaman de tus ojos.

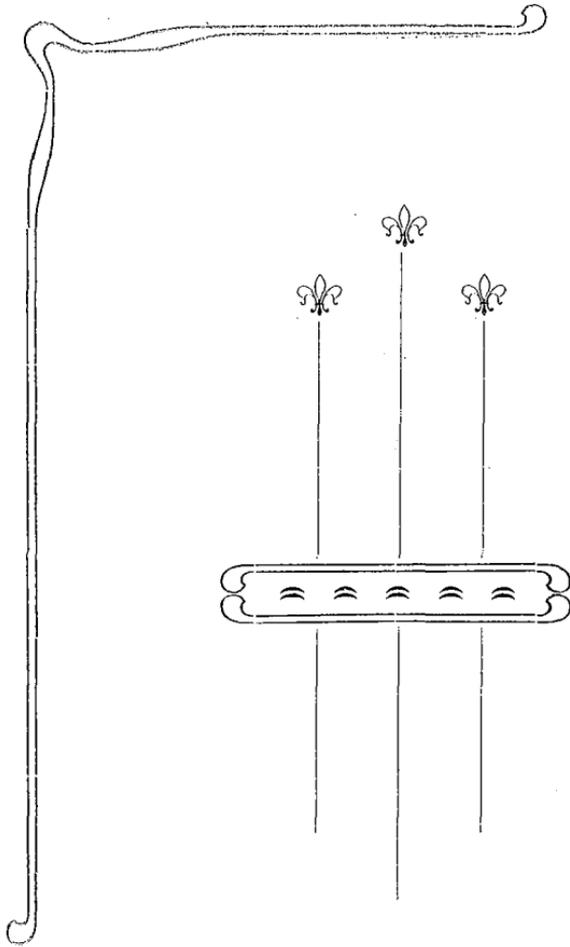
¡Tiernos recuerdos de la infancia mía! . . .
horas tranquilas de mi edad primera,
¡no más ya volveréis! . . . pero quisiera
que tú sepas, Señora y Madre mía,
que aunque el tiempo—veloz en su carrera—
me ha dejado, al pasar ¡oh suerte impía!
de penas y dolor un hondo abismo,
no he perdido mi fe: soy siempre el mismo . . .

Me acuerdo de mis ángeles que el vuelo
¡tan presto! ¡y para siempre! . . . levantaron,
y sumido en amargo desconsuelo

aquí ¡solo! ¡muy! ¡solo! me dejaron:
¡cuántas cosas les digo cuando suena
de tristezas la hora, de amor llena!

Masi silencio, corazón! . . . densa es tu bruma;
no quieras me ahogar; quedo suspira,
porque, fiero, el dolor siento me abruma:
deja, sí, que la nota de mi lira,
apacible hasta el cielo se levante
y a la Virgen de gracia yo le cante

.....



Acuérdate de mí

A mi distinguido amigo, Sr. Dr. Dn. Rafael Suárez E.

Señora: un peregrino que por la tierra pasa
Sumido en un abismo profundo de tristezas,
Suspende hoy su jornada itan llena de asperezas!
Por descansar un día—no más—aquí en tu casa;

Y hundirse en las tranquilas, risueñas soledades,
Que llenan de armonías las aves y las brisas;
Aquí donde pululan del Cielo las sonrisas
Y a donde nunca llegan del *mar* las tempestades.

Y el pobre vagabundo que, en marchas fatigosas,
Cruzando va la senda de su cansada vida,
Eleva a tí su canto, de amor el alma henchida,
Y ofréctete—en recuerdo—sencillas estas rosas.

Brotaron en los campos cubiertos de verdura,
Allí do se respiran los hálitos del Cielo;
Y yo las he cogido, solícito—en mi anhelo
De darte alguna muestra filial de mi ternura.

En los amenos campos, de hierba perfumosa,
Crecieron, a la sombra benigna del follaje;
Aquí a tus pies las pongò, que rindan vasallaje
Al *Lirio de los valles*, a la divina *Rosa*.

Acéptalas, Señora; son prenda de cariño:
Con ellas yo te ofrezco, ante tu altar rendido,
De mi alma, siempre enferma, dulcísimo un latido
Y el mismo amor que, ardiente, te tuve cuando niño:

Estas fragantes rosas, apenas un reflejo
De aquellas que florecen en tus jardines, son;
Acéptalas, María; con ellas yo te dejo,
Partido en mil pedazos, mi mismo corazón...

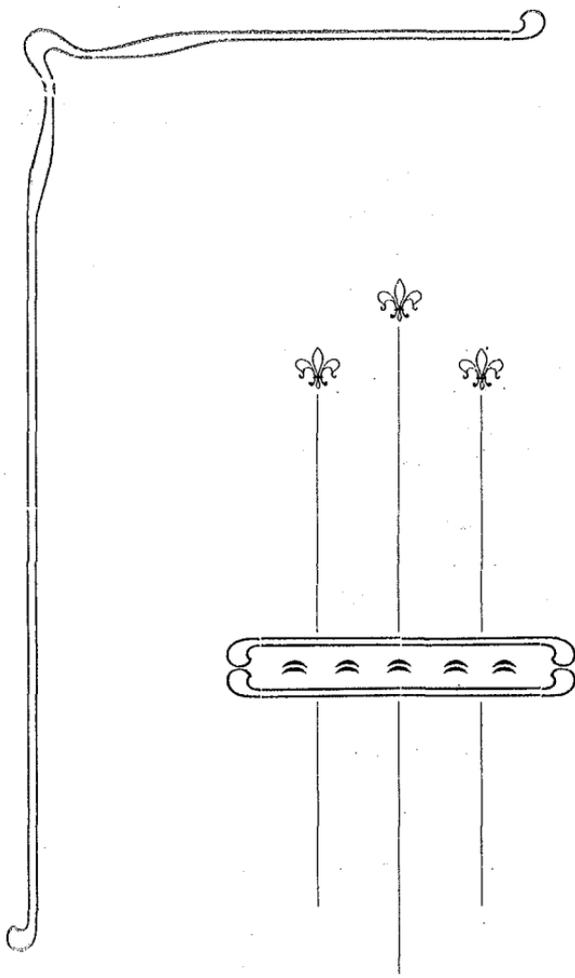
¡Talvez mis horas últimas estén ya muy cercanas
¡Quién sabe si tu imagen yo vuelva a contemplar!...
¡Cómo quisiera, Madre, que frescas y lózanas
Mis rosas siempre vivan, no mueran en tu altar!

Mas ¡ay! llegará el día en que (tal es su historia)
Marchitas las arrojen como un despojo frío;
Que, entonces, el recuerdo del pobre obsequio mío,
Te pido, no se borre jamás de tu memoria.

Mañana, cuando, solo, prosiga mi camino
Y veas ya marchitas y secas estas rosas,
No olvides al que, en marchas, forzadas, fatigosas,
Avanza ya hácia el punto final de su destino-

Mañana, cuando veas que arrojan estas flores,
Y me halle, entonces, lejos, muy lejos ya de tí;
Bendice al peregrino, mitiga sus dolores:
¡Acuérdate, Señora, acuérdate de mí!

En «La Banda», 21 de Eebrero de 1.914.

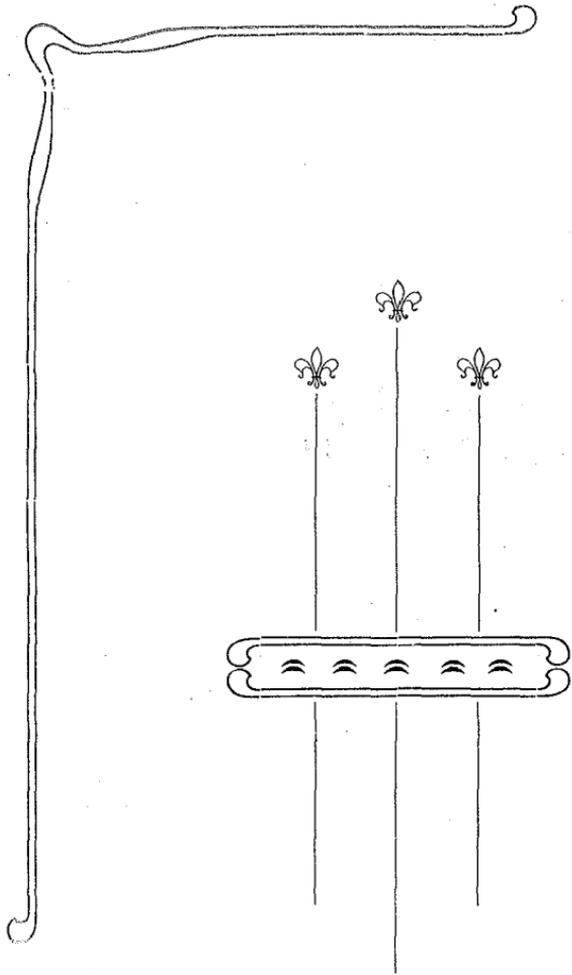


Jesús llora a su muerte

Contempladlo! . . . de pie, junto a la roca
sepulcral—imponente, conmovido—
del que duerme en las sombras del olvido
los recuerdos dulcísimos evoca:

y al ver—en su dolor, grande, infinito—
de su amigo mortales los despojos,
llanto vierten, purísimo, sus ojos
y del pecho, angustioso exhala un grito:

y ese grito, la brisa del desierto
lo recoge, y se aleja susurrando;
perloquera, cautiva, murmurando:
¡cómo el tierno Jesús llora a su muerte! . . .



Noche de luna

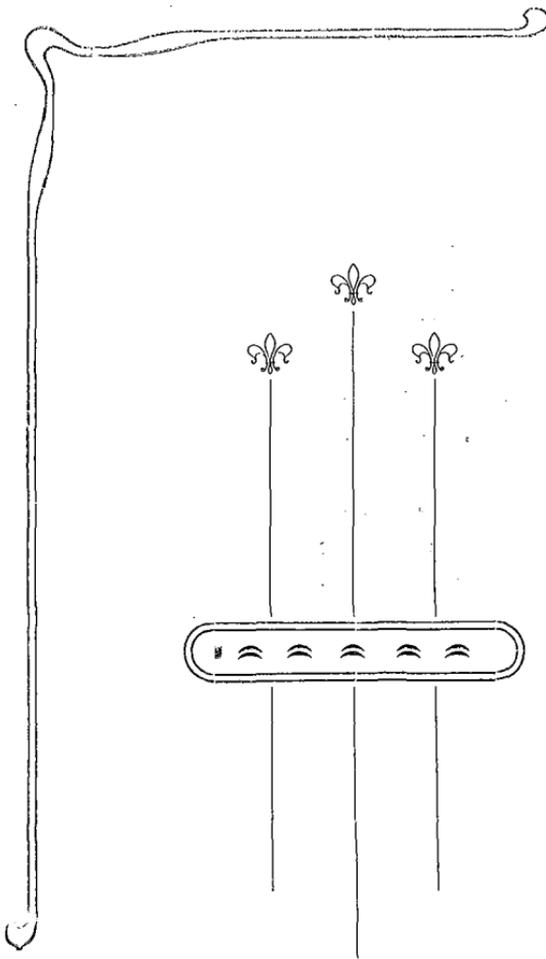
A la Srta. Lola Larrea R.

Y era un cielo de esplendores,
y era un cielo de armonías,
dulces, suaves, como dulces, como suaves
son los trinos de las aves,
los alientos de la brisa,
como dulce es la sonrisa
de la virgen que se adora,
y son suaves los destellos,
puros, límpidos y bellos
de la aurora.

Y en el claro azul inmenso de ese cielo,
primoroso como un cielo de ilusiones
y de mágicos ensueños,
melancólica la luna, la viajera misteriosa,
que de amor inspira sueños,
sueños mil, color de rosa,
la nocturna moradora
del espacio azul giraba,
siempre triste, siempre lenta y soñadora,
tras de sí doquier dejando
languidez, melancolías,
hondas! hífrías!
que del alma se apoderan,
suscitándole recuerdos, dulcemente embriagadores,
que, entre lágrimas de amores
y suspiros de pasión,
en torrentes se desatan,
y, al fin, hieren, y, al fin, matan
de nostalgia al corazón.

Y era espléndido ese cielo,
y la noche era serena,
y las horas, dulces, plácidas, tranquilas,
como son de tí, morena,
los dos cielos que se encierran en tus límpidas pupilas.

Y en el claro azul inmenso de ese cielo,
primoroso como un cielo de ilusiones
y de mágicos ensueños,
melancólica la luna
iba lánguida, iba lenta,
a la tierra acariciando
con sus cláridos destellos,
inspirando, ¡ay! inspirando,
misteriosa,
sueños mil, color de rosa,
como aquellos, como aquellos
que en las noches estrelladas
se apoderan de las almas de un ideal enamoradas.



PLEGARIA

A la Santísima Virgen del Carmen

Dedicada al Presbítero

Sr. Dr. Dn. Eduardo Portilla.

Cuando en el lecho del dolor, postrado,
A solas, con la Muerte esté luchando,
Y me veas, María, agonizando:
¡Acuérdate de mí!

Cuando, ¡ay! mi corazón, acongojado,
De abandono en un mar se halle sumido:
Para entonces, ¡oh Madre! yo te pido
¡No te olvides de mí!

Cuando mi mente a comprender no alcance,
Y entre temores y entre dudas flote:
Que de tus ojos divinales brote
¡Un rayo para mí!

Cuando llegue el amargo, el duro trance
De mirar que la Muerte, en torno mío,
Implacable, va haciendo cruel vacío;
¡No te olvides de mí!

Cuando, oscuros, mis ojos ya no vean
Tu bella imagen que, ferviente, adoro:
No me olvides, con lágrimas, te imploro:
¡Acuérdate de mí!

Cuando mis labios, trémulos, no puedan
Tu dulce nombre pronunciar, María;
Desde ahora, te invoco, Madre mía,
¡No te olvides de mí!

Cuando ya llegue de mi triste vida
El momento angustioso ¡cruel momento!
De rendir ¡ay dolor! mi último aliento;
¡Acuérdate de mí!

Y cuando al fin, al fin de mi partida
A tus puertas yo llame, Virgen pía;
No me niegues tu Cielo, Madre mía:
¡No te olvides de mí!



Mis flores secas

A mis distinguidos amigos Francisco Javier
y Mariano Suárez V.

Las flores que, de adorno,
pusiera yo en mi mesa,
y que me miran tristes,
muy tristes porque salen

que sufro, tanto, tanto,
y ven que, muy a solas,
yo lloro mucho, mucho;
las flores, mis queridas,
mis lindas compañeras,
las únicas a quienes
confío yo mis penas
y enseño mis tristezas,
las que recojen, tiernas,
solicitas, las gotas
del llanto con que mojo
los pliegos en que escribo
mis versos, esos versos
que pocos los comprenden
y el mundo los desdeña,
porque ese fiero mundo
jamás, nunca ha sabido
sufrir con los que sufren,
llorar con los que lloran;
las flores, mis queridas,
mis dulces confidentes,
las únicas que entienden
las notas que, llorando,
me dicta el corazón,
porque ellas solamente
me ven, enternecidas,
llorar cuando yo escribo,
cuando mis penas canto:

esas mis bellas flores,
mis tiernas compañeras,
están ya muy marchitas,
y pálidas, y secas;...
y temen, mucho temen
que, ingrato, haga con ellas
lo que otros, al fin, suelen
hacer con sus hermanas
itan lindas! las mujeres;
pues cuando ya sus gracias,
sus mil y mil primores
el hombre icruel! las roba,
se burla, impío, de ellas,
y—hundidas ya en el fango—
las huella con su planta
inmunda y venenosa;
porque, venal, olvida
que a la mujer, cautivos,
—lo mismo que a los ángeles—
se adora con el alma,
se rinde culto santo;
pues que ella también tiene
su altar— y consagrado
por Dios—¡altar grandioso!
del hombre el corazón . .

.....

Mas yo que de mis bellas,
de mis marchitas flores
espío sus recelos,
comprendo sus temores,
les digo que no tiemblen
y nada de mí teman,
porque las quiero mucho
y, tierno, las contemplo:
que—como a sus hermanas—
las miro con respeto
y adoro con el alma:
pues flores y mujeres
suspiros son de cielo,
alientos de paloma,
sonrisas de la aurora,
del alma inspiración:
que si antes, cuando frescas,
fragantes y lozanas,
las quise, tanto, y tanto,
ahora, que han perdido
sus gracias y primores,
su aliento perfumoso,
y están descoloridas,
y pálidas, y secas,
las quiero más que nunca
y adoro mucho más:
porque ellas, primorosas,

un día, con su gracia
gentil, me recrearon,
y fueron de mi mesa
su más gracioso adorno;
porque ellas son, como antes,
los únicos testigos
de mis tristezas negras,
de mis melancolías hondas;
porque, piadosas, guardan,
en sus marchitos pétalos,
las lágrimas que vierten
mis ojos cuando escribo
las notas que, llorando,
me dicta el corazón...

Y ya no tiemblan mis flores,
de mí ya nada temen,
y están, aunque marchitas,
tranquilas porque saben
que no he de hacer con ellas
lo que otros, al fin, suelen
hacer con sus hermanas
¡tan lindas las mujeres!

Y en pago del cariño
y amor con que las miro,
me dicen, en lenguaje

—que sólo yo comprendo—
que: fieles, a mi lado,
apurarán conmigo
las horas tristes, lentas,
que a solas, muy a solas,
con mis recuerdos paso:
que cuando de la vida
¡ay! de mi triste vida,
ya rinda la jornada,
y al són de los tañidos,
del ar de las campanas,
piadosos, mis amigos
me lleven á enterrar;
agradecidas, ellas
me seguirán llorando
a mi última morada,
¡ay! la morada triste,
la casa silenciosa,
a donde pocos, pocos
avanzan con los muertos...
y donde sólo habitan,
fatídicas las sombras
de los sepulcros fríos,
con su cortejo fúnebre
de olvidos pavorosos,
de amargos desengaños...

que cuando ya me entierren,
y todos ¡para siempre!
se alejen de mi tumba,
dejándome muy solo,
muy solo entre los muertos,
se quedarán conmigo
para guardar, solícitas,
mis lívidos despojos,
para velar, constantes,
junto a mi tumba fría,
junto a mi tumba helada:
que ahuyentarán—me dicen—
las moscas zumbadoras.
esos monstruos fatídicos
que irán a estar vagando
por los espacios lúgubres,
por las paredes húmedas
de la sombría bóveda
do yazga, frío, inerte,
de nadie ya sentido,
por todos olvidado:
que, al fin, cuando, siniestro,
el cruel sepulturero,
—al són de las macabras
y lúgubres canciones
con que ameniza, impávido,
sus horribidas faenas—

me arroje ya a la huesa,
en polvo convertido;
le pedirán, llorando,
¡ ay ! que también a ellas
conmigo las arroje,
las hunda en esa fosa,
para que confundido,
¡ y para siempre ! quede
su polvo con el mío...

Así suelen decirme,
—con su lenguaje mudo,
que sólo yo comprendo—
mis lindas confidentes,
mis tiernas compañeras,
en pago del cariño
y amor con que las miro.

Por eso es que contemplo,
y quiero, mucho, mucho,
y adoro, tanto y tanto,
á mis amigas pálidas,
á mis ya secas flores...

.....

“Bienaventurados los que lloran”.....

A mi hija Mercedes Matilde.

Quiero oírte, Señor; no me es extraña,
nó, tu voz divina:
háblame, sí,
esa tuya verdad itan peregrina!
esa tuya verdad consoladora
que un día, en la montaña,
sorprendido, escuchára de tus labios
ese pueblo itan lleno de resabios!
el pueblo de Israel, sin fe ni enraña:
háblame, Señor, y dime ahora
que dichoso y feliz es el que llora.

Háblame yá; que tu palabra es ciencia;
y yo no acierto
a comprender tu divinal sentencia:
quiero oírte, mi Dios; dí cómo es cierto
que, en medio del dolor y del quebranto
—patrimonio del hombre aquí en la tierra—
el llanto ¡amargo! el llanto
de dicha un manantial fecundo encierra

Quiero oírte, otra vez; no me es extraña,
nó, tu voz divina:
enséñame, sí, enséñame
esa tuya verdad ¡tan peregrina!
esa hermosa verdad de la montaña:
que, aunque, amargas, las lágrimas oprimen
y el corazón devoran,
no importa, nó; que del cielo, en cada gota,
una esperanza, una sonrisa flota,
y tú, Señor, cerca estás de los que gimen.
y muy cerca, también de los que lloran,

Miserémini!.....

A mi hermano Alejandro.

Miserémini mei!.....claman las tumbas,
esas ¡ay! desiertas tumbas...
miserémini mei!.....gritan los muertos,
esos séres sin amigos,
esos ya olvidados muertos...-

y *miserémini!*, siempre, *miserémini!*

es el lúgubre clamor que se levanta
de las negras regiones del sepulcro,
del sombrío recinto del olvido....

Miserémini!....*miserémini!*
saltem vos, amici mei....

Nadie atiende!....
todos rien!....
nadie escucha esos clamores!....
¡ay! el grito de los muertos
en el mundo no tiene eco....
aquí se oyen solamente
el rumor de los placeres,
el gritar de la soberbia,
y el reír de la locura.

Miserémini!... miserémini!
saltem vos, amici mei!...

¡Pobres muertos!
gimen, y su gemir es hondo,
claman, y su clamar es triste,

Pero, ¡en vano!....
en el mundo no se escuchan
los clamores del sepulcro....
en el mundo no se advierten,
nó, los gritos de la tumba..

Miserémini!
¡saltem vos, amici mei!....

Nadie atiende... ¿Qué se hicieron,
dónde están esos amigos,
los amigos de los muertos?....
oh! ¡los amigos!.... ya no existen,

ya no viven para ellos:
no los tienen los que moran
en la casa silenciosa del olvido.....

Miserémini! . . . miserémini!

¡Oh muertos!, no griteis,
pues nadie os oye . . .
nadie advierte vuestros gritos: . .
en el mundo no se escuchan
los clamores del sepulcro;
aquí se oyen solamente
el rumor de los placeres,
el gritar de la soberbia,
y el reír de la locura . .

Pero nó; clamad, siempre, clamad:
una Amiga teneis;
¡divina amiga!;
y ella no olvida,
y ella sí escucha a sus amigos tristes,
a sus ya solos y olvidados muertos.

Allá, en la angusta soledad del templo,
entre nubes de incienso,
y al són, lúgubre són, de las campanas,
una plegaria, una oración ferviente
por vosotros al cielo se levanta;

y esa plegaría, esa oración ferviente
 es de la Amiga fiel idivina amiga vuestra!
 la que jamás olvida,
 la que sí escucha a sus amigos idos..

Clamad, siempre, clamad..
 alguien os oye:
 existe una Alma, un Corazón que gime
 y por vosotros ruega;
 y en ese corazón, sí, repercuten,
 triste el clamor de los hermanos idos,
 lúgubre el ay de los amigos muertos.

gritad, muertos, gritad:
 alguien os oye.....

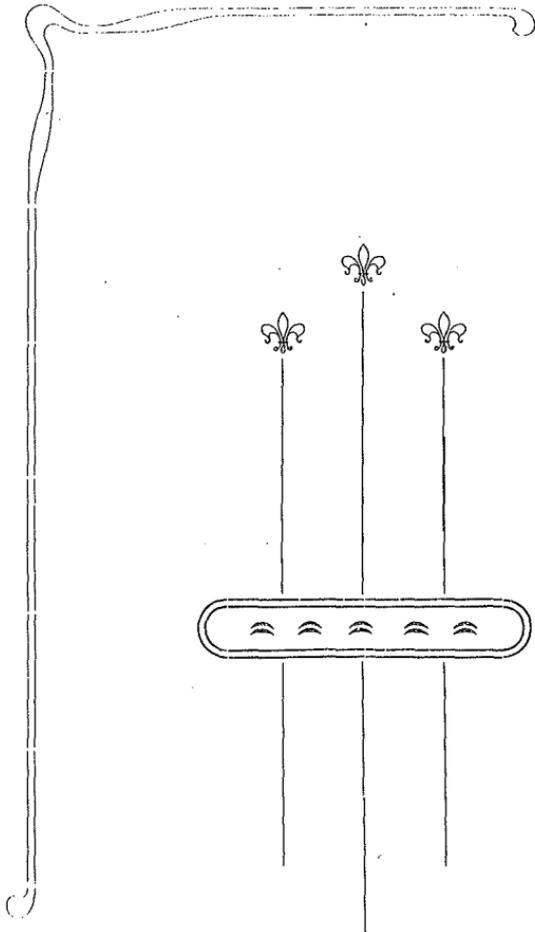
Allá, en la augusta soledad del templo,
 al calor de los cirios,
 al són, lúgubre són, de las campanas,
 y con trémula voz:

requiem aeternam—vuestra Amiga clama—
requiem aeternam—dona eis, Dómine,

concédeles, Señor, la eternidad del descanso;
 la quietud de vuestro reposo:
 oh! el descanso eterno.....
 oh! el sueño de la paz.....
 esa paz que los vivos no la encuentran,
 esa paz que en el mundo nunca habita.

RIMAS NEGRAS

i Memento!, Dómine....
acuérdate, Señor, de los que moran
en las negras regiones del sepulcro....
et lux perpetua luceat eis,
que luzca para ellos
la hermosa luz, la claridad eterna,
y que descansen en paz:
requiescant in pace



Canto a la Muerte

¡Oh Reina de las tumbas solitarias,
Esqueleto miedoso del sepulcro,
perseguidora eterna de la Vida,
yo te saludo, Muerte!

A tu negra mansión, mansión de olvido,
al sombrío recinto donde abates
la soberbia del hombre y sus grandezas,
vengo a cantarte ahora.

Vengo huyendo del mundo en que se agitan
¡tántas miserias y mentiras tántas!
vengo en busca de paz, la paz callada,
que brindas a tus muertos.

Cierto que espantas con tu rostro lívido,
verdad que aterras con tu soplo helado,
y matas, fiera, con tu mueca trágica;
mas yo te adoro, Muerte.

¡Salve!, negro Fantasma, que del tiempo
vas contando las horas, implacable!
Espectro que, en silencio y escondido,
al mortal acompañas.

Nadie quiere pensar nunca en tus horas,
todos temen tus negras realidades:
tu presencia, fatídica, huesosa,
al hombre inspira miedo.

Huyen lejos de tí las ilusiones,
y se esconden de tí, de tí se alejan
la fortuna, el placer, las esperanzas,
los sueños de la vida.

Sólo el dolor te busca, y te desean
el desengaño cruel, las decepciones
que sufre el corazón y, lentamente,
van devorando el alma.

El mundo es tu enemigo, porque sabe
qué descubres al hombre sus engaños,
y, doquier, las verdades de la tumba,
burlona, al fin, le enseñas.

El lujo miserable te rechaza,
y la pompa del siglo te maldice,
porque ve, que, traidora, con tusombra
su brillo, presto, apagas.

Pero tú, sobre tus ruinas tétricas,
impasible, fatídica, te yergues,
ostentando en tu frente descarnada
los triunfos del sepulcro.

No te importan del mundo las grandezas,
ni te arredra del hombre la soberbia:
con tu risa, inmortal y cavernosa,
de la humanidad te burlas.

Como un dios te levantas soberana;
y si el Crimen, oculto, te provoca,
si, el Vicio no se acerca a tus altares,
la, Virtud te bendice.

¡Oh Reina de las tumbas solitarias,
Esqueleto miedoso del sepulcro,
perseguidora eterna de la Vida,
yo te saludo... ¡salve!

Vengo hoy a tí; quiero morar contigo,
¡oh Reina de las tumbas solitarias!
quiero vivir en paz con mi conciencia
y en busca tuya vengo.

Cierto que espantas con tu rostro lívido,
verdad que aterras con tu soplo helado,
y matas; fierá; con tu muéca trágica;
pero te busco, Muerte.

Haz que penetre en tu sombrío arcano,
donde reposan en quietud los muertos:
quiero ver cómo el hombre se reduce
a polvo vil, infecto....

Y quiero ver cómo la gloria humana,
y la pompa del siglo, y las riquezas
¡ay! que tan duro al corazón le vuelven,
aquí se desvanecen.

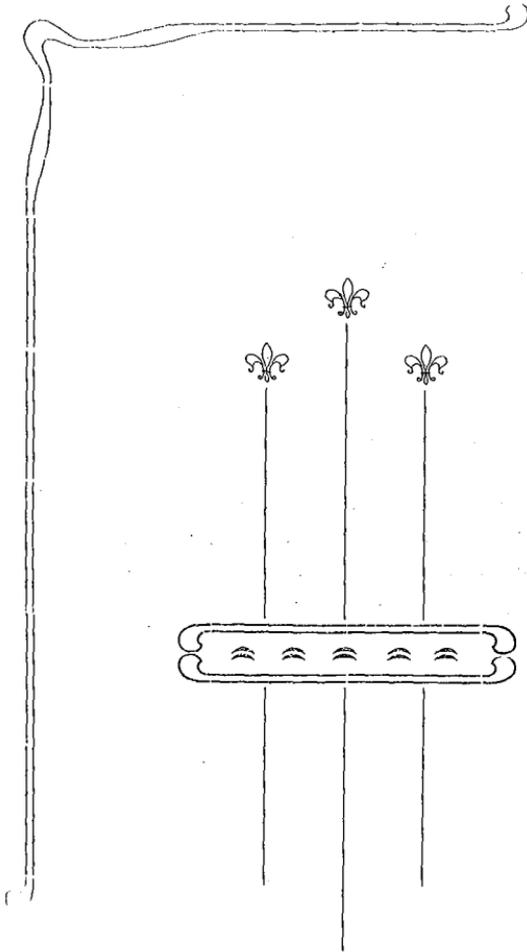
Enséñame ¡oh negra Muerte! tus despojos,
ese montón de huesos carcomidos,
risible monumento que en las sombras
a la humanidad levantas.

Déjame contemplan en esa podre,
do se halla escrita del mortal la historia
y que aglomeras en tu fosa inmunda,
¡mi pequeñez, mi nada!

Vengo huyendo del mundo en que se agitan
itántas miserias y mentiras tántas!
vengo hoy a tí; quiero morar contigo,
quiero ser tuyo, Muerte.

No me inspira recelo tu presencia,
no me espanta tu lúgubre morada:
ven imprime en mi faz tu beso helado
y tus caricias gélidas.

Sonríeme con tu gesto de agonía,
estréchame en tus brazos descarnados,
escóndeme en tu seno, y de tus muertos
dame la paz ¡oh Muerte!



INDICE

PAGINAS.

Prosa.....	VII
A mi madre.....	1
Muriéndose.....	5
En el cementerio.....	9
¡Solo!.....	13
Besos de muerte.....	19
¿Por qué lloras?.....	23
Mensaje.....	25
A los pies de mi Virgen.....	27
Cielo de brumas.....	33
Gemido.....	39
En la postal de mi hermana Amelia.....	41
Mi golondrina.....	43
Secreto del alma.....	47
Una noche en «San Eloy».....	49
Amor y Muerte.....	53
Hastío.....	55
Lloremos por los muertos.....	59
Reflexiones.....	63
Hora negra.....	67
Noches oscuras.....	71
La vida es breve.....	75
La canción de los muertos.....	77
No llores.....	79
Desaliento.....	85
Lamentos de una esclava.....	87
Olvida.....	91
Soñando.....	93
La plegaria de la tarde.....	95
Acuérdate de mí.....	103
Jesús llora a su muerto.....	107
Noche de luna.....	109
Plegaria a la Stma. Virgen del Carmen.....	113
Mis flores secas.....	115
«Bienaventurados los que lloran».....	123
Miserémini.....	125
Canto a la Muerte.....	131